



**CORIN TELLADO**

*Un doble  
para Patricia*

Ayuntamiento de Madrid



167

UN DOBLE PARA PATRICIA

1 - DOBLE

Ayuntamiento de Madrid







CORIN TELLADO

FG/907

# Un doble para Patricia

1.ª EDICIÓN  
ABRIL - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES

Ayuntamiento de Madrid

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 2534-1959

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA



CORIN TELLADO - 1959



Impreso en los talleres de  
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

R/1110.688

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PIMPINELA:

610. — Diario de una enfermera. 631. — Realidad de una vida. 641. — La historia de una mujer.

En Colección MADREPERLA:

517. — El complejo de Mari-Chon. 521. — Casada por poderes. 529. — Inesperadamente.

En Colección ROSAURA:

476 — Odio en la aldea. 480. — La profesora. 494. — Una llamada a la puerta.

En Colección AMAPOLA:

353. — Diario de una madre. 361. — Tras el olvido. 372. — La venganza de Marige.

En Colección ALONDRA:

309. — El infiel. 314. — La inquieta Ana. 321. — Un solo hombre.

En Colección CAMELIA:

210. — El problema de Sara. 223. — La máscara de una mujer. 242. — Tuviste que ser mía.

En Colección ORQUIDEA:

91. — El destino manda. 95. — Te quiero de esta manera.

En Colección CORAL:

111. — María Eugenia. 112. — Flor María. 113. — La mentira de Sofía.

# I

—Enamorarse así de un extranjero es impropio de una muchacha como tú.

—Pero, tía Sara, si Juan no es extranjero. Ha nacido aquí y se marchó a Tejas a los diez años.

—Y ahora tiene treinta—gruñó Sara Palacios, sacudiendo sus enormes manazas—. Lo cual quiere decir que es un tejano de mala catadura.

Patricia se impacientó.

—Tía Sara, Juan es un muchacho excelente, ha venido a España en viaje de placer y al llegar a su pueblo natai me conoció, le gusté, se enamoró de mí y ahora quiere casarse y llevarme con él a Tejas, lo cual me agrada.

—Pues sigo diciendo que es un desatino. Tú no habías nacido aun cuando ellos se fueron. Yo lo recuerdo muy bien. Eran dos muchachos gemelos, pendencieros, maleducados, con un padre ganadero que engañaba a todo bicho viviente, aunque este bicho fuera su propia madre. Sí, lo recuerdo perfectamente. El día que embarcó cogió una borrachera terrible y sus hijos, Juan y el otro, reían las gracias de su padre mientras la pobre señora Urtirez se moría de vergüenza.



—Tía Sara...

—No terminé— cortó la dama con acento desabrido—. Algún tiempo después se dijo en el pueblo que el señor Urtirez habia muerto a consecuencia de una borrachera más fuerte que las demás y que sus dos hijos se le parecían.

—Juan es un perfecto caballero.

—Eso es lo que tú supones. No crees que de un pale semejante naciera una astilla enderezada. Dicen que enriquecieron.

—Juan no es rico— atajó la joven—. Antes de morir su padre, que por cierto no murió de una borrachera, sino de una caída del caballo, repartió sus pocos bienes entre sus dos hijos. Juan se dedicó a estudiar y el otro empleó su dinero en una pequeña granja que ahora es la mejor y más productiva de la comarca.

—Mucho sabes.

—Me lo refirió Juan.

—Ya. Pues un tanto a mi favor si no es rico tu novio. ¿Qué vas a hacer tú, una chica acostumbrada a vestir con elegancia, a gastar lo que le place, a vivir como una reina, casada con un niño de carrera, pero sin un real?

—Me amoldaré, tía Sara.

—Amoldarse, amoldarse... Las niñas de hoy sois unas románticas. En mis tiempos...

—Por favor, tía Sara, trata de razonar.

—Eso estoy procurando. Concreta de una vez lo que deseas y daré mi parecer. Pero te advierto que no me gusta tu novio, que lo encuentro demasiado superficial, que no es constante y que es un ave de paso, y el amor que le profesas no puede tener hondas raíces.



—Las tiene.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

Patricia Palacios suspiró. Era una chica monísima, alta, delgada, elegante. Tenía el pelo negro, brillante, cortado en melenita y vuelto un poco en las puntas. Los ojos grises, de diáfano mirar y la boca grande, carnosa. Patricia Palacios no era una chica rica, ni nunca lo sería, porque sus padres, al morir, la dejaron sin un céntimo, si bien al depositarla en manos de tía Sara era de suponer que un día, a la muerte de la dama, la sobrina heredase los derechos sobre su capital, que no era poco. Pero tía Sara (autoritaria, violenta, solterona y sin amor) no permitiría jamás que su sobrina se casara con un hombre llamado simplemente Juan Urtirez, por muy ingeniero que fuera, y en cuanto a dotarla mucho menos.

La educó a lo grande, interna en un gran pensionado, con doncellas a su servicio, un coche para su recreo, modelos traídos de París, y cuando llegó la hora de presentarla en sociedad, dio una gran fiesta a la que acudió toda la élite de la comarca, y ahora, así por las buenas, llegaba un tipo llamado Juan que pretendía llevársela a Texas. No, mil veces no.

Sara Palacios se imaginaba ya a su querida sobrina en manos de unos bárbaros cuatreros, apresada a lazo y seducida por mineros de mala catadura. Tía Sara había visto películas del Oeste y creía a pies juntillas todo lo que éstas contaban; era aficionada a las novelas de ese género e imaginaba a todo el mundo colgado de un árbol. Por esta razón y porque no le gustaba Juan y porque además esperaba que su sobrina hiciera una boda digna de ella, detestaba al

ingeniero y no le costaba esfuerzo alguno poner por borrachos a toda la familia Urtirez.

—Concretando, tía Sara — dijo la joven con impaciencia —: que me voy a casar con Juan. Este sólo espera una carta de su hermano para prepararlo todo y casarnos, pues quiere llevarme con él a Texas.

—¿Es eso todo? — chilló la dama.

—Lo siento, tía Sara.

—Tiene razón el refrán: «Cría cuervos y te sacarán los ojos.»

Y dando la vuelta en redondo salió del lujoso saloncito, dejando a Patricia confusa y desazonada.

\* \* \*

Juan Urtirez era un hombre alto, elegante, de rostro moreno y ojos verdes. Poseía una rara belleza en su cara bronceada y una rara expresión en los ojos. Era un hombre atractivo, sencillamente, y a veces resultaba hermoso, aunque la hermosura parece que está reñida con el hombre. En el caso de Juan era diferente. Juan no era afeminado, Juan era elegante y al mismo tiempo fuerte; parecía decidido y leal... Juan era muy leal, en efecto, aunque de una inconstancia que sólo conocía aquel que lo trataba mucho. Era de los que prometen a cada instante y cumplen muy pocas veces.

Ahora mismo, sentado junto a Patricia Palacios, le prometía centenares de cosas: casarse con ella, hacerla feliz, vivir para su amor, ganar dinero... Patricia



le escuchaba en silencio, con la boca semiabierto y los ojos entornados. Juan hablaba y hablaba, como siempre; saltaba de la promesa más seria a la risa más divertida, y Patricia, allí muy adentro, se decía que Juan valdría mucho más si su carácter fuera acorde con su físico. Claro que ella aún ignoraba cómo era verdaderamente Juan Urtirez. Ella lo amó mucho, creyó en sus promesas y estaba dispuesta a casarse con él y marchar adonde Juan la llevara. Y Juan sólo podía llevarla a Texas, a casa de su hermano, con el cual pensaba trabajar.

De eso hablaba en aquel instante, quizá el momento más serio de su vida de hombre divertido y despreocupado.

—Debiera haber tenido carta de mi hermano, pero él siempre piensa mucho las cosas antes de hacerlas.

—¿Y no puedes vivir sin su apoyo?

Juan fumó aprisa y expelió el humo con lentitud.

—Mientras yo me divertía y estudiaba, él trabajaba como un bárbaro. Hoy posee los pozos de petróleo más famosos de Texas, una casa de campo que es una maravilla, terrenos infinitos y un corazón así de grande... Estudié para ingeniero con objeto de serle útil algún día. El es un trabajador, un millonario que consiguió su riqueza a base de no dormir ni descansar. Me debo a él y de él espero apoyo, como él lo espera de mí.

—¿Le has dicho que piensas casarte?

—Le escribí, sí. Hace de ello un mes, y no me conformé con eso, le mandé además una fotografía tuya para que fuera conociéndote.

—¿Y bien?



—Repito que estoy esperando su respuesta... Tan pronto como la reciba nos casaremos y después... nos iremos a Texas.

La miraba con interés. Patricia era una mujer bella y a él le gustaba. Pensaba firmemente casarse con ella. Sabía asimismo que no tenía un centavo, que Sara Palacios no la dotaría jamás para casarla con él. Pero eso no importaba. El quería a Patricia, la quería como Juan era capaz de querer. Y Juan... era capaz de querer a muchas mujeres a un tiempo. Tenía treinta años y en su libro de haber había señalados más de cincuenta noviazgos, y con cada una de aquellas mujeres pensó casarse. Pero estaba soltero todavía...

—No creo que tu hermano se oponga —apuntó ella suavemente—. Sois gemelos, os tenéis que querer mucho. Tu hermano se hará cargo de todo...

—Sí. Pero no creas que pese a ser gemelos somos iguales. Quizá físicamente lo seamos, pero en cuanto a nuestro carácter... dista mucho de ser parecido. Mi hermano es un tipo serio, poco amigo de diversiones, va a lo suyo, sólo piensa en sus negocios y en la forma de enriquecerse más y más. Tiene ojos de lince para saber dónde hay una operación comercial conveniente. Sus criados le temen, yo me siento como una hormiguita a su lado, con una de sus miradas me aplana. Quizá no debiera decírtelo así, pero quiero que vayas conociéndolo poco a poco para que no te sorprenda cuando llegues allá.

—Sigue, Juan.

—Poco tengo que añadir a lo ya dicho. Vivió continuamente para su hacienda, para sus negocios que son

muchos, para engrandecer lo que hace veinte años era una casuca derruida...

—Y temes que no apruebe nuestro matrimonio.

—No, temo eso — rió Juan, despreocupadamente —. Lo que temo es que me dé un consejo, y no hay cosa que más me reviente que un consejo de mi hermano.

—Quizá a veces lo necesitas.

—O quizá no.

Cuando Patricia llegó aquella noche a su casa, tía Sara leía una novela del Oeste.

—Mira — dijo blandiéndola en el aire —, estoy en la tercera página y ya ahorcaron a doce.

Patricia se sentó en el borde de un sillón y con mano insegura encendió un cigarrillo.

—Y uno de los doce ahorcados era una mujer.

—Pero, tía Sara..., que eso es una simple novela, y el Oeste americano es hoy tan civilizado como cualquier otro lugar.

—¿Estás... decidida?

—Sí, a menos que él se vuelva atrás.

—Ojalá.

Pero Juan no se volvió. Todos los días, a la misma hora, iba a recoger a su novia y daban un paseo por la plaza y se besaban al despedirse. Eran besos muy parecidos a Juan: apasionados, veloces, que apenas si dejaban huella en el corazón femenino.

Una noche Juan se sintió intranquilo por primera vez en su vida. Pidió a Patricia que se sentara en un banco de aquella plaza solitaria y le habló de esta manera:

—Mira, Patricia, he sacado la conclusión de que mi hermano no me contesta.



—¿Y qué vas a hacer?

—Quiero acordarlo contigo. Se me termina el dinero. He prolongado mi estancia aquí más de lo debido, por ti. Esperé la respuesta de Juan y en vista de que no llega he pensado ir a buscarla yo.

—¿Tú... a Texas? ¿Y... solo?

—Sí. Es la única forma de convencer a mi hermano.

—¿Es que tu hermano es tan... tan cerrado que no comprende el amor?

Juan suspiró.

—Nunca supe que tuviera novia. Para él el amor es un negocio más. Quizá me tenga elegida por allí una rica heredera, hija de algún socio comercial. ¡Yo qué sé! De él puede esperarse todo.

—Es un ser humano como otro cualquiera, creo yo, y comprenderá que el amor...

Juan rió divertido.

—¿Amor para él? No seas visionaria. Mi hermano si se casa algún día será con una chica que le convenga. Que sea fea, guapa, espiritual o no, le tendrá sin cuidado. Tú no lo conoces, ya te irás dando cuenta a medida que pase el tiempo y vivas con él.

—Me estás retratando un monstruo.

—Pues no lo es. Cada uno mide las cosas según su criterio, y pese a ello, mi hermano es un ser humano como otro cualquiera, si bien, debido a su modo de vivir, al trabajo desarrollado y a tantas cosas que yo no he vivido, la vida para él tiene otro colorido. Yo le quiero mucho. Por él sería capaz de todo, pero no por quererlo tanto voy a dejar de reconocer lo que es.

—Lo cual significa que te marchas de veras.



—Creo que será lo mejor.

—¿Y hasta cuándo?

—Podemos casarnos por poderes. No seremos los primeros ni los últimos que hacen eso.

—No.

—¿Te disgusta?

Patricia suspiró. Tenía diecinueve años y amaba a Juan. Juan era el primer hombre en su vida y ella creía que no podía existir amor mayor que aquel que ella le profesaba a su novio.

Extendió la mano y la dejó presa en la de Juan. Lo miró con ternura y a Juan nunca le pareció tan bella como en aquel instante en que las pupilas se hundían confiadas en las suyas.

—Juan — susurró con su habitual ternura —, yo confío en ti. Si crees que debes ir a ver a tu hermano, si consideras conveniente casarnos por poderes..., ve y yo esperaré siempre. Sólo te pido que no me olvides y que me escribas todos los días.

—Te lo prometo, querida mía.

Y por primera vez Juan sintió que amaba de veras. Claro que... Juan había sentido aquello muchas veces.



## II

Juan Luis Urtirez se acomodó en la butaca, encendió la pipa y con ella apretada entre los dientes, abrió un cajón, extrajo una cartulina y la miró con creciente curiosidad.

—Bonita mujer — dijo en voz alta—. Muy bonita mujer. Quizá la única mujer que dice algo en mi vida.

Chupó la pipa, expelió el humo y a través de él sus serios y profundos ojos volvieron a clavarse en la cartulina llegada de España hacía justamente mes y medio.

La miró por espacio de varios minutos y con la misma delicadeza la guardó en el cajón. Iba a ponerse en pie cuando sintió pasos precipitados y en seguida la figura de su hermano Juan en el umbral.

—Juan — exclamó—. Mi querido Juan.

—Hola, testarudo gemelo.

Fueron uno hacia el otro y se abrazaron. Nadie al verlos sabría quién era Juan y quién Juan Luis. Juan, el novio de Patricia Palacios, vestía con mayor elegancia, pero sus ojos, el mentón enérgico de su cara, la frente desdejada, con los cabellos negros peinados hacia atrás..., todo en ellos era idéntico.



Cuando estaban juntos en la hacienda vestían diferente para que los demás los diferenciara, pues de otro modo sería de todo punto imposible.

—¿Cuándo has llegado? — preguntó Juan Luis.

—Hace un instante. Menos mal que encontré a Jim con el «jeep» en el poblado, pues de lo contrario me hubiese visto obligado a hacer el camino a pie.

—Haber anunciado tu llegada.

—Deseaba sorprenderte.

—Siéntate y fuma.

Y señalaba las pipas que, sobre su mesa de despacho, parecían esperar al fumador.

Juan rió.

—Detesto tus pipas malolientes — dijo sacando una pitillera y encendiendo un egipcio —. Prefiero mis cigarrillos.

—Pues fuma, pero siéntate.

—¿Has recibido mi carta?

—Sí. Precisamente estaba contemplando a tu futura mujer cuando llegaste. ¿Estás decidido? ¿No será como otras veces?

—Esta vez en serio.

Juan Luis sonrió cuadrando la boca con dureza. Quizá en aquello se diferenciaba de su hermano, si bien era preciso conocerlos mucho para comprender la sonrisa de cada uno y la diferencia que existía en este sentido.

—Juan... — volvió a reír —. No me explico aún por qué nuestro padre nos puso Juan a los dos. Además de ser gemelos, de parecernos como una gota de agua a otra, los malditos nombres aumentan la confusión.

—Tú eres Juan Luis — apuntó Juan.

—Por supuesto, y tú Juan Ramón, pero para el caso es como si fuéramos uno solo. Bien, dejemos a nuestro padre regocijarse en su tumba y hablemos de ti y de tus aspiraciones matrimoniales. Estuve pensando en ti toda esta semana. Sabes muy bien que no tengo tiempo para pensar en tus locuras, pero me tienes preocupado y he decidido perder una semana para ocuparme de ti. Mira — añadió, abriendo un cajón y sacando un abultado paquete —. Aquí tienes las cartas y las fotografías que me enviaste en el transcurso de diez años. Estas cartas y estas fotos significan que estuviste a punto de casarte cincuenta veces. No creo que haya otro capaz de recorrer tanto en tan poco tiempo.

—Te digo que esta vez es en serio.

—Igual me dijiste cincuenta veces y me pregunto cómo puedes conservar el corazón intacto después de haber intentado casarte medio centenar de veces.

—Repito que ésta es en serio.

—Así me has dicho anteriormente. Pero da la casualidad de que tan pronto llegaste aquí te liaste con una muchacha y te olvidaste de tu lejana novia, y al mes siguiente era otra la candidata. Juan — prosiguió fiero —, no se juega al amor con tanta facilidad. Se ama o no se ama, y para una vez.

—¿Qué sabes tú de eso? — gritó Juan, enfadado —. No has amado nunca.

Juan Luis esbozó una sonrisa desdeñosa.

—En efecto. Pero si me enamoro ten la seguridad de que será para siempre. — Sacó la foto de Patricia y la contempló una vez más. — Sin duda tienes gusto. Es una bella joven.



—Dame esa foto.

Juan Luis la ocultó de nuevo en el cajón y acentuó la sonrisa.

—Esta... me la quedo. Me gusta.

—Te digo...

—Cálmate. Escribe a tu novia, esa chica llamada Patricia Palacios, dile que estoy de acuerdo en que se case contigo, pero que no tenga muchas esperanzas, porque da la casualidad de que han llegado los veraneantes y vienen chicas monísimas.

—Juan Luis, no me atormentes así — suplicó Juan, desalentado.

—Le lamento, querido gemelo. Ojalá no sufra esta joven. Debo señalar como caso curioso, que no quisiera que los ojos claros de esa muchachita sufrieran por tu causa, y siento que va a ser así. He recibido muchas cartas tuyas en el transcurso de los últimos diez años. Tengo aquí las fotos de las mujeres con las cuales pensaste contraer matrimonio. Nunca me inspiraron compasión. Esta... es diferente, no sé por qué, mas sí lo es.

—Es que ésta será mi mujer.

Juan Luis expelió el humo, lo lanzó al aire y con su acento peculiar, mezcla de burla y pesar, comentó:

—Ojalá sea cierto. Te doy de término un mes. Si al cabo de éste sigues enamorado de ella..., cástate.

Y se puso en pie, dando por terminada la conversación.

\* \* \*



Patricia Palacios recibió seis cartas durante la primera semana. Tres la segunda, una la tercera y ninguna la cuarta.

Tía Sara, que espiaba a la sobrina, sonrió aquella noche y dijo:

—¿Se ha puesto enfermo tu Juan que no te escribió esta mañana?

Patricia se echó a llorar y tía Sara sintió pesar y rabia hacia aquel Juan que hacía llorar los ojos más bellos de cuantos ella había conocido.

—Patricia.

—¡Oh, tía Sara!

—¿No te lo dije? Estos hombres que se encienden tan pronto, se apagan con la misma prontitud. Olvidalo, hijita, y piensa en los chicos que te pretenden aquí, en tu patria, y en lo feliz que puedes ser aún y en los hijos que tendrás...

—Quiero a Juan, tía Sara.

—No te merece.

—Quizá está enfermo.

—Tiene un hermano, creo yo, sabe que te vas a casar y conoce de sobra vuestras relaciones.

—Sí.

—Pues no creo que tengas nada que esperar. Un hombre que promete casarse con una mujer y se marcha, y no escribe...

—El me escribió.

—Ya sé. Seis cartas la primera semana, encendidas, apasionadas...

—No las leíste.

—Me las imagino. Tres la segunda semana, menos escendidas, menos apasionadas.

—¡Tía Sara!...

—Una carta la tercera semana — siguió la dama, inflexible—. Y nada la cuarta.

—¡Oh, tía Sara!

—¿Esperas más pruebas de su abandono?

Patricia salió del salón y la dama frunció el ceño. Ella conocía bien a los Urtirez. Conoció a Juan Urtirez cuando éste era un buen mozo, soltero y sin compromiso... Vaya si lo conoció. Nunca olvidó al sinvergüenza que, después de prometerle amor hasta la muerte, se fue a Valencia y se casó dos meses después con una valenciana. Claro que los conocía, como que por su causa estaba soltera.

Adoraba a su sobrina y tenía la vaga esperanza de que Juan escribiera aún o llegara un día cualquiera. Ella no quisiera separarse de Patricia, pero si ésta amaba y era amada..., ¡qué remedio le quedaba si no separarse de ella! Por el bien de la joven, tía Sara era capaz de todo, hasta de escribir a aquel Juan Urtirez que nunca le fue simpático.

\* \* \*

Juan Luis tenía una carta en la mano y fumaba su pipa sin apartar los ojos del papel cuya letra le era simpática. Un criado había ido a llamar a Juan y él lo esperaba con aquella carta ante los ojos.



—¿Me llamabas, Juan Luis?

Este replicó, sin alzar los ojos del papel:

—Sí, pasa, cierra la puerta y siéntate.

—Te advierto que estaba muy ocupado.

—Ya lo sé — dijo sin levantar los ojos —. Te vi desde ese balcón. Estabas en la piscina con Carolyn Cochran.

—Es deliciosa, Juan Luis.

Ahora el hacendado levantó los ojos, los fijó en el semblante de su hermano y mostró el papel.

—No me interesa saber cómo es tu última conquista, quiero que me digas únicamente qué has pensado con respecto a Patricia.

—¿Patricia? ¿Te refieres a la chica española?

—A esa precisamente.

Juan se echó a reír con desenfado, al tiempo que encogía los hombros.

—¡Oh, Patricia!... Es una muchacha comprensible, se hará cargo... Yo... Bueno, tú ya sabes cómo soy yo.

—Sí, ya lo sé — dijo Juan Luis, impasible —. Lo sé muy bien. Pero aún ignoro qué has determinado con respecto a ella. Ha transcurrido el mes, luego mes y medio... Puedes casarte con ella cuando quieras.

Juan, que había permanecido sentado junto a la ventana, se puso en pie precipitadamente y se aproximó a la mesa tras la cual se hallaba su hermano, impasible.

—Dices que...

—Que doy mi consentimiento. Que puedes casarte con ella cuando quieras. Que creo que esa chica te merece...

—Pero, Juan Luis...

—Puedes casarte por poderes, puedes ir a España...  
Elige tú.

—Pero si no quiero casarme con ella.

—¡Ah!

—Carolyn...

—Ya me lo has dicho: es deliciosa.

—Encantadora, bonita, maravillosa...

—Hace mes y medio, Patricia Palacios era todo eso.

—Luis, por favor, no te pongas pesado.

Luis (le llamaremos Luis desde este instante para evitar confusiones) dio un puñetazo sobre la mesa y con la misma ira se puso en pie.

—Eres un mentecato — farfulló —. Que eso se lo hicieras a Juanita, a Salomé, a Berta..., a todas esas — y con irritación tiró las fotos a los pies de su hermano —, pero a Patricia Palacios, que es capaz de escribir estas cartas... Toma, lee, y di después lo que piensas hacer. Búscame en la biblioteca y determina de una vez. Creo que si haces sufrir a esa criatura te rompo la crisma. Por primera vez me constituyo en defensor del sexo débil.

—Pero, Luis...

—Ya lo sabes. Entérate de lo que dice en esa carta y búscame en la biblioteca.

—Te he dicho que no quiero casarme con ella. Estoy decidido a hacerlo con Carolyn.

Luis lo miró de arriba abajo y salió dando un violento portazo.

Diez minutos después, Juan entraba en la biblioteca. En un rincón, junto al ventanal abierto, hundido en el sofá forrado de verde, se hallaba Luis. Juan avanzó hacia él, se sentó en frente y dijo:



—No he leído la carta. En cierto modo aún me siento ligado a ella y prefiero ignorar lo que dice.

Luis no se movió. Miraba hacia la campiña llena de sol y así continuó, con la pipa entre los dientes y las manos apretadas en los brazos del sofá.

—Luis, sé razonable. Nunca te pusiste así.

—Lee la carta.

—No puedo. He dejado de querer a Patricia. Nunca más, por muchas cartas que lea, podré amarla de nuevo.

Luis lo miró al fin y había en sus ojos tal desprecio que Juan se sintió súbitamente empujado.

—Eres un inconsciente, Juan, un ente pobretón, sin voluntad, sin orgullo, sin carácter. Eres un tipo de hombre que pasará por la vida como un pelele. Ni serás nunca rico, ni bien amado, ni apreciado ni respetado. Siempre y en todo momento, serás un pobre hombre.

—¡Luis!

—Lo lamento por ti. ¿Sabes lo que dice esa carta? Que espera tu respuesta dentro de la semana siguiente. Que sigue amándote, que te quiere como nunca ha querido a nadie y que por ti sería capaz de todo. ¡Cristo, por oír decir eso a una mujer...!

—¡Luis!

Este se puso en pie. Enfundado en su traje de montar, con las altas polainas lustrosas, parecía más gallardo que nunca. Hundió las manos en los bolsillos y, sin volverse, dijo:

—Sí, me gustaría ser amado así. ¿Por qué no? Y dejar de estar solo, y sentir a alguien que te quiere de veras y saber que esa mujer es únicamente de uno...

—se volvió en redondo—. No tienes corazón, Juan, eres un chiquillo que no amó jamás.

—Tú sabes...

—No quisiera saber tanto de ti. ¿Carolyn Cochran? Una más. Otra que pasará por tu vida sin dejar huella.

—Te aseguro que esta vez...

—Cállate, por favor. Me da risa cuanto dices.

Se sentó de nuevo, apretó las manos contra las rodillas y de súbito dijo:

—Por una vez en la vida nuestro parecido... va a servirnos de algo.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Hace cosa de tres meses me pediste permiso para quedarte en Nueva York... No te lo di. Tenía la esperanza de que fueras un ingeniero competente, un hombre trabajador, y aunque quizá algún día llegues a serlo, hoy no lo eres aún. Quieres divertirme, vivir la vida a tu modo, una forma equivocada de vivir, pero no pienso torcer tu destino. Ve pues a Nueva York, diviértete, y cuando regreses...

—Sigue...

—Patricia estará aquí y será mi mujer.

Juan dio un salto en la butaca, para quedar sentado de nuevo. Tenía los ojos abiertos como platos y la boca hecha un arco interrogativo.

—¿Dices que...?

—Eso. Voy a representar un papel falso. Esa mujer me gusta... Me gusta mucho y voy a dejarte en buen lugar.

—¿Te has vuelto loco?

—Pues quizá no. Voy a buscar lo que no tengo.

—Pero, Luis...



—Y ahora comprendo por qué nuestro padre nos puso Juan a los dos.

—¿Quieres decir que vas a pasar por mí?

—En apariencia nada más.

Y se dirigió a la puerta, seguidos por los ojos atónitos de Juan.

pu

ap

ta

pa

Un

an

es

Di

te

co

ch



### III

Sara Palacios terminó de leer la carta, la dobló y pulsó un timbre.

—¿Desea algo la señora? — preguntó una doncella, apareciendo en el umbral.

—Diga a la señorita Patricia que venga inmediatamente.

Minutos después, Patricia entraba en el saloncito particular de su tía.

—Aproxímate, siéntate y escucha.

—¿Sucede algo malo, tía Sara ?

—Acabo de recibir una carta escrita a máquina. Una carta inesperada, por supuesto, tan cortés, tan amable y tan... no sé cómo, que no parece haber sido escrita por un hijo de Juan Urtirez.

—¿Has dicho... Juan Urtirez?

—Eso he dicho. Juan, tu novio, me pide tu mano. Dice que desea casarse el quince de junio, exactamente dentro de doce días. Os casaréis por poderes y tu cogerás el avión de ese mismo día...

—¡Tía!...

Sara se sintió enternecida. Ella había amado mucho a otro Juan Urtirez y sabía lo que era querer así...

Adoraba a su sobrina y el solo pensamiento de separarse de ella le partía el corazón, pero Patricia amaba y aquel condenado Juan, que sabía llegar al alma anciana, merecía el tesoro que suponía la posesión de Patricia.

—Tía Sara...

—Bien lo siento, hijita — susurró, apresando entre los suyos los nerviosos dedos de la joven —, pero es tu destino. Quizá cuando Juan, aquel otro Juan, padre de éste, se fue de mi lado... para no volver nunca más, ya estaba el destino trazado para ti.

—Queridísima tía Sara...

—Dice que no pudo escribirte antes porque estuvo muy ocupado con los preparativos. Que se han hecho reformas en la hacienda, que te espera con ilusión y me promete que te hará feliz.

—Mi queridísimo Juan... — musitó la joven.

—Envía aquí todos sus papeles en regla y dice que desde ahora hasta el día quince vivirá pendiente de tus noticias.

—Dios mío, qué feliz soy, tía Sara.

—Lo sé, hijita. Lástima que ese amor te separe de mí.

—Algún día vendrás con nosotros. Yo espero que dejes tu gran casona para ir a la violenta y cálida tierra de tus novelas.

—¡Si yo nunca he leído novelas del Oeste, niña! — rió sofocada —. Deseaba quitarte esa manía de la cabeza, creyendo en verdad que era una manía, pero ahora ya no necesito simular que me horroriza todo eso, porque sé que amas de veras.

—Sí, tía.



—Te casarás. Hoy mismo escribiré a Juan y le diré que todo está dispuesto para la fecha prevista.

—E irás a vernos, tía Sara.

—Sí — susurró apretando en su pecho la cabeza femenina—. Algún día, cuando me sienta muy viejecita, tal vez vaya a buscar un poco de cariño a tu lado.

Días después, Patricia recibía una carta de Juan y la leía en la soledad de su alcoba, extrañada de que Juan se expresara en aquellos términos.

— «Querida Pat:

»Perdona que te escriba a máquina. Es tanto mi trabajo y tantas mis ocupaciones que no dispongo sino de escasos minutos y considero que la máquina es más rápida que mi pluma. Espero tu llegada como un pobre mendigo espera el pedazo de pan para mitigar su hambre. Creo que nunca me consideraré tan hombre como en este instante en que voy a formar un hogar junto a ti. Un hombre que te quiere y que por nada del mundo quisiera defraudarte.

»He cambiado todo yo ante esa idea. Quizá encuentres en mí facetas diferentes. Al concebir la idea de formar un hogar, el hombre madura de súbito, se hace reflexivo y reflexiona constantemente. Quizá tú ames más al Juan que se despide ahora, a este otro Juan que surge con el matrimonio. Pero yo te aseguro y lo juro, mi querida Pat, que te haré feliz y que nunca echarás de menos al Juan que se va ahora.»

Se la leyó a su tía y ésta comentó:

—Menos mal que ha sentado la cabeza.

—Es rara su carta. No parece de Juan.

—Pues sin duda lo es.

Patricia leyó de nuevo la carta con voz tenue, insegura, emocionada.

—Cuando un hombre se casa — apuntó la dama — sienta la cabeza. Sin duda Juan ha cambiado, como cambian todos los hombres al pensar en formar un hogar.

—Será eso.

—¿Acaso no te gusta esa carta?

Patricia alzó vivamente los ojos y sonrió aturdida, ruborizada hasta la raíz del pelo.

—Por supuesto. Es... más completa, menos superficial.

En el transcurso de aquellos quince días Patricia apenas si tuvo tiempo para pensar en nada. Tía Sara se trasladó con ella a Madrid y adquirió para su sobrina un equipo digno de una princesa, lo cual emocionó a Patricia más que todas las muchas atenciones recibidas anteriormente de la dama. Cuando regresaron al pueblo, Patricia se encontró con dos cartas de Juan escritas igualmente a máquina, pero dignas de ser leídas con suma atención.

—Pero, ¿estás llorando, criatura?

Patricia dobló los pliegos y susurró soñadora:

—Dice que me espera con impaciencia, que su hermano se trasladó a Nueva York por asunto de sus negocios, que tendremos la gran casaca para nosotros solos y que los días se hacen siglos hasta mi llegada.



¿Crees que seré feliz, tía Sara? ¿Consideras tú que yo merezco tanta dicha?

—Sin duda, hijita. Te lo mereces todo y mucho más aún. Lástima que yo no pueda presenciar tu felicidad con mis propios ojos.

—Algún día...

—Sí, ya lo dije antes. Cuando sea muy viejecita y necesite imperiosamente el consuelo de un cariño verdadero.

\* \* \*

—Pónganse los cinturones; vamos a aterrizar... — anunció la voz monótona de la azafata.

Patricia Palacios, bellísima, elegante, joven y emocionada, sintió que el corazón daba fuertes golpes en su pecho. Iba a ver a Juan, su marido, el hombre con el cual compartiría el resto de su vida. Al tiempo de colocarse el cinturón, miró sus dedos. Lucía una alianza de oro en el dedo medio de la mano derecha, y aquella alianza era como un símbolo para la muchacha que siempre sería fiel a su marido. ¡Su marido! Le parecía imposible que ella, Patricia Palacios, fuera la esposa de Juan Urtirez, el único hombre que amó y el único de amaría el resto de su vida.

Cuando el avión tomó tierra, Patricia sintió que el suelo se deslizaba de sus pies. Hacía dos meses que no veía a Juan, pero cuando se despidieron ambos eran novios, casi como el que dice extraños el uno para el otro. Ahora, tras dos meses de espera, de ansiedad, ella volvía a verlo y era su esposa.

— 33

Fue una de las últimas en descender del avión, y lo vio abajo, elegante, sonriente, fumando un cigarrillo egipcio, firme y seguro de sí mismo, con la arrogante cabeza alzada hacia ella.

Se detuvo un instante para seguir casi inmediatamente después. Llegó a su lado y lo miró.

—Patricia — susurró Juan, con rara entonación.

La joven se estremeció. Hasta la voz de Juan parecía diferente: más ronca, más masculina, con matices más personales. Sintió los ojos de Juan: vivos, penetrantes... Parecía otro y, sin embargo, era el mismo.

—Juan — musitó apenas.

Juan alargó la mano y prendió el brazo desnudo. Lo apresó con rara intensidad.

—Vamos, Patricia. El auto nos espera ahí cerca.

—¿No me das... un beso?

Juan Luis apretó los dedos en el brazo femenino. Era, aquella joven, infinitamente más atractiva vista al natural que en la cartulina. Tenía una intensa dulzura en los ojos y su boca humeda se entreabría palpitante, y su pelo, y su cutis, y su cuerpo erguido y esbelto... Y su juventud que saltaba por encima de todo, denunciando a las claras sus diecinueve años. Juan Luis pensó que quizá no tenía derecho a poseer aquella mujer. Quizá había ido demasiado lejos en su ansia de cariño, de mujer para sí solo. Tal vez no merecía el tesoro de aquella ternura que se mostraba en los ojos grises, de vivo y sincero mirar.

Se inclinó hacia ella y en silencio besó los párpados femeninos.

—Juan...

—Dime, Pat...



—Te encuentro... raro.

—Estoy emocionado, Pat...

—Nunca me has llamado Pat.

—Es... más corto. Y recuerda que de algún modo estoy americanizado. Si ello te molesta...

—Me gusta que me llames así.

—Gracias, querida. Subamos al coche. Jim se ocuparé de tu equipaje. Estaremos en nuestra casa dentro de media hora.

—La casa de tu hermano — indicó suavemente.

—¿La casa de...? ¡Ah, sí!... Pero, ¿qué importa? Por una temporada Juan Ramón no vendrá a molestarnos.

Con un gesto le indicaba que subiera al auto. Era un «Cadillac» negro, de línea esbelta, elegante, cómodo. Patricia subió y él cerró la portezuela con seco golpe. Dio la vuelta al vehículo y se sentó ante el volante. Soltó los frenos.

—Juan...

—Dime, Pat — preguntó, al tiempo de sacar las gafas del bolsillo y ponerlas ante sus ojos.

—¿Es que los dos os llamáis Juan?

—Mi hermano es Juan Ramón. Yo, Juan Luis.

—Pues si vuestro parecido físico es como dicen, no será fácil identificaros.

—Sí, es difícil, pero para una mujer que ama, es fácil.

—Supongo que no te habré molestado.

—En modo alguno. Aún no te he preguntado por tu tía...

—Está perfectamente, gracias.

Juan comprendió que ella esperaba más de él. Quizá un beso, una caricia, unas frases encendidas... Sin-

duda era fácil besar, acariciar y decir frases a Patricia, pero..., ¿cómo besaba, acariciaba y hablaba Juan Ramón?

Súbitamente se volvió hacia ella y le pasó un brazo por la cintura. La atrajo hacia sí y susurró en el oído femenino:

—Estoy emocionado, Pat, y quizá no sepa recibirte como mereces. Ten en cuenta que...

Sintió los ojos claros de Patricia en su cara y miró su boca. Tuvo deseos de besarla mucho, mucho, hasta fundirla en su propio cuerpo, pero tuvo miedo de su impetuosidad, quizá muy diferente a la de su hermano.

El sabía cómo sentía Juan. Sabía que las mujeres lo amaban precisamente por ser tan superficial, tan dicharachero, tan feliz. Y él no era superficial, ni dicharachero ni feliz. Él era un trabajador que vivió sin cariños verdaderos porque creyó que no los necesitaba. Y ahora, al tenerla tan cerca, se daba cuenta de que por encima de todo había necesitado el amor de una mujer. Una mujer como aquella, suave, bonita, joven y apasionada.

—Te comprendo sin que hables — susurró ella, posando la mejilla en el hombro de su marido—. Es cierto que estoy acostumbrada a tu desbordante palabrería, pero casi te prefiero así: silencioso, comprensivo, protector...

—Pequeña.

—Te aseguro que venía con miedo. Hay que amar mucho para dar un salto semejante.

—Y me amas, ¿no es cierto?

—Sí, Juan, vida mía. Te he dado pruebas de ello.



Juan Luis sintióse mezquino, vil, empequeñecido... Aquellas frases, aquel suave «vida mía», iban dirigidos a otro hombre y él no tenía derecho a posesionarse de lo que no debía ser suyo, de lo que era suyo y no debía serlo.

Sintió los labios de Patricia en su mejilla y fue como si una brisa bier.hechora bañara sus venas de arriba abajo. Volvió un poco la cara y Patricia, con suavidad, le quitó las gafas.

—Me gusta ver tus ojos, Juan.

—Sí..., Pat.

—Pareces alelado de pronto.

—Ya... te dije que estoy emocionado. He vivido pendiente de tu llegada un día interminable y ahora que te tengo a mi lado me parece mentira.

—Pero es verdad.

—Sí.

Ella seguía besándolo en la mejilla y Juan Luis detuvo el auto con brusquedad.

—¿Qué haces, Juan?

El hombre la miraba y había en sus ojos tal intensidad que Patricia cerró los suyos suavemente. Juan nunca la había mirado así, y seguramente era que nunca fue su marido hasta aquel instante.

Sintió que Juan la cerraba en sus brazos. Dios santo, Juan nunca la apretó así, y aquellos labios que caían dominadores y tiernos sobre los suyos... Aquellos labios que besaban como jamás la habían besado antes... Suspiró y susurró apenas:

—Juan, amor mío.

\* \* \*

«La casa es preciosa — escribía Patricia en su diario, aquella misma noche—. Nunca he visto nada igual, ni siquiera en las películas. Tía Sara, algún día leerás este diario mío que yo te enviaré cuando transcurra algún tiempo. No sé cuándo será. Quizá cuando tenga un hijo o una docena. No lo sé a ciencia cierta. ¿Qué me tiene el Destino deparado? Juan es mi marido y yo le adoro. Me siento ligada a esta casa, a estos campos, a este sol deslumbrador, como el caracol que se oculta bajo su cáscara. Sí, soy feliz y hace apenas unas horas que llegué a mi nuevo hogar. Si algún día tengo que salir de esta casa, lloraré. No sé por qué me siento amarrada a ella, como si formara parte de mi mismo ser.

Hemos llegado al mediodía, y aún ahora, después de tantas horas, siento palpar en mí las palabras de Juan, sofocadas y hondas como promesas. Dios mío, Juan es un hombre nuevo para mí; hasta el sonido de su voz tiene un eco diferente en mis oídos. Me siento aturdida e inmensamente feliz, como si dentro de mí hubiera un río apresado y de pronto sus vallas se rompieran y el agua se desbordara como un caudal sin fin. ¿Merezco esta felicidad? ¿La merezco?

Cuando me sienta sola en esta alcoba principesca, escribiré siempre en mi diario. Quizá esto es infantil, muy impropio de una señora casada. Pero yo quiero hacerlo. Me parece, si no lo hago, que no soy yo y que nadie puede saber que la felicidad desborda como caudal en mi corazón.



Cuando Juan detuvo el auto, lo vi apurado, confuso, y musitó un «perdóname» que causó mi hilaridad. Esto, lejos de satisfacerle, pareció entristecerlo. Me miró ceñudo y puso el auto en marcha sin una explicación a su enfado. Me incliné hacia él y le dije:

—Perdóname tú a mí. No me río por mofarme de tus besos. Me río de tu «perdóname».

—Te besé muchas otras veces — dijo bajo.

Y yo respondí feliz:

—Sí, Juan, vida mía, muchas.

Esto volvió a enfurecerlo y aún ahora me pregunto por qué. Sin duda Juan ha cambiado, pero, ¿por qué? ¿Y desde cuándo? Fui tan absurda que me pareció que Juan se celaba del otro Juan, el novio que me conoció en España. Me sonreí y Juan me miró interrogante.

—No me mires así, Juan — pedí bajísimo, prendiendo su brazo con mis dos manos —. Anteriormente nunca te importó que me sonriera. Y fíjate si seré tonta que me parece celoso de ti mismo.

—No digas tonterías.

—Son tonterías sin duda, pero me lo parece. Y ello causa mi hilaridad.

—Pues ríete.

Pero su rostro parecía más animado y cuando llegamos a casa sentí su brazo por mis hombros, con orgullo, como si por primera vez Juan sintiera mi posesión en lo más hondo.

Me presentó a los criados. Me enseñó la casa y cuando nos sentamos a comer parecía animado y feliz, si bien no habló mucho. Tomamos el café en la terraza, bajo la sombra de un toldo. Y mis ojos se abrieron desmesuradamente ante aquel sol deslumbrador.

—Tienes una casa maravillosa — dije —. Lástima que un día venga tu hermano a importunarnos.

—Mi hermano es una buena persona — indicó —. Me quiere y yo le quiero a él.

—Lo sé muy bien. Por su causa te viniste de España sin mí.

Así estuvimos hablando hasta media tarde, en que él se fue a los pozos de petróleo y no regresó hasta la hora de comer. Lo hicimos solos en el gran comedor y quise creer que estaba sombrío, pensativo. Le pregunté las causas y sonrió. Por primera vez me quedé suspensa. La risa de Juan no era la misma. Recuerdo muy bien cuándo conocí a Juan. Fue en un baile en el casino del pueblo. Me miró y alguien nos presentó. La sonrisa de Juan era abierta, feliz; abría su boca de lado a lado, mientras me decía una sarta de tonterías deliciosas. Este Juan que era mi marido no decía nunca tonterías y su sonrisa era dura, áspera.

—Mucho has cambiado en dos meses — dije sin poder contenerme.

Juan alzó sus ojos, me miró serio.

—Te lo parece a ti — replicó sin moverse, y tras rápida transición, añadió: — Estarás rendida del viaje, vete a la cama.

Y aquí estoy en mi alcoba, muerta de confusión, enamorada como nunca y preguntándome una vez más por qué Juan cambió de esta manera. Y debo confesar para ser sincera que me gusta el cambio operado en Juan.

Dejo el cuaderno. Siento los pasos de Juan que se aproximan.»



#### IV

Juan cerró tras sí y se acercó a su mujer.

—¿Qué haces?

—Escribo.

—¿A tu tía?

—No.

Alzó una ceja interrogante.

—¿A quién, pues?

Patricia se ruborizó.

—Te vas a reír si te lo digo.

—Me río pocas veces, Patricia.

—Antes, por el contrario, estabas riendo siempre.

El hombre, sin responder, se situó tras ella y miró hacia la libreta cerrada.

—¿Tu diario?

—Sí.

Puso las manos en los hombros femeninos y se inclinó hacia ella.

—Me gusta que escribas tu diario — susurró bajo —. Algún día me lo darás a leer y nos reiremos juntos. Dime, Pat, ¿eres feliz? ¿Te sientes contenta en esta casa? ¿Te agrada que venga a tu lado?

—Sí.

—¿No te pesará nunca haber venido junto a mí?

La joven se sentía aturdida. Ella amó a Juan, su novio, pero aquel hombre que ahora la apresaba entre sus brazos y le hablaba quedamente sobre la boca, era su marido y Patricia desconocía a los hombres.

—Dime, Pat...

—Estoy... contenta, pero no me mires así.

Juan dejó de mirarla y la besó. La besó de aquel modo peculiar en él, dominador y tierno. La mujer sintió que todo daba vueltas en torno, que sus pulsos, sus sienes y todo su ser sufrían un vértigo enloquecedor. Juan sonrió entonces, y le dijo algo al oído.

—¡Vida mía! — replicó ella, con un suspiro —. ¡Vida mía!...

\* \* \*

«Acabo de levantarme. Son las diez de la mañana y el sol entra a raudales por los ventanales abiertos. Estoy sola en la alcoba que compartí una noche entera con mi marido... Veo la huella de su cabeza en la almohada y la miro. Aún me parece ver los ojos serios de Juan en mis ojos.

¡Juan queridísimo! Un Juan nuevo que toma un relieve diferente ante mí. Un Juan desconocido sin duda, que yo descubrí la noche anterior. No voy a referir lo que sucedió entre Juan y yo porque millones y millanes de mujeres han pasado por su noche de bodas. Hemos de reconocer que para todas tiene un sabor diferente esa noche. Yo puedo asegurar que me



siento ligada a Juan para el resto de mi vida y que en la vida y en la muerte, en el dolor y en la alegría, seré siempre una continuación de mi marido.

He de reconocer también que no amo a Juan más de lo que lo amaba ayer. Juan siempre será para mí el Juan que me besó por primera vez y los primeros besos dejan en el ser femenino huellas imperecederas y esto es lo que me ocurre a mí con mi marido.

Sin duda soy una mujer feliz y me siento pequeñita cuando veo a Juan y se acerca a mí. Ahora mismo estoy sentada en el alféizar de la ventana, con el cuaderno en las rodillas. Veo a Juan en el parque, ordenando algo a los criados. Alza la cabeza, me mira intensamente y me sonríe.

Yo agito mi mano y por señas le pregunto si ya desayunó. Me indica, también por señas, que me está esperando. Voy a dejar el cuaderno y me vestiré. Entraré en el baño y me pondré ropas de montar para dar un paseo por la campiña. Todo florece con este día diecisiete de junio. Dios mío, un verano por delante, una casa maravillosa, un marido... como no habrá otro marido semejante, y mi juventud. ¿Puede una mujer pedir algo más a la vida?»

\* \* \*

Patricia apareció en la terraza enfundada en calzón de montar, altas polainas lustrosas, un jersey de hilo acentuando las curvas de su busto y gafas ante los ojos. Su marido, al verla, avanzó hacia ella y la joven

sintió el rubor en plena cara. Juan sonrió y con lentitud le quitó las gafas.

—Quiero ver tus ojos a pleno sol.

—No seas tonto.

Hay mujeres que al llamar tonto a su marido acarician, y Patricia era una de esas mujeres.

—Son tus ojos como rayos de sol, Patricia.

La besaba en la oreja. La joven se apartó ruborizada.

—Juan...

—Es cierto, se me olvidó decirte que aquí todos me llaman Luis, Juan es... mi hermano.

—En España...

—Yo era un ser falso. Tú misma dices que he cambiado.

—Pero eres Juan.

—Por supuesto. No obstante, me gustaría que me llamaras Luis.

—Te llamaré como desees...

—Aún no me has dicho hoy «amor mío».

La violentaba intencionadamente y Patricia dio la vuelta para mirar hacia la campiña. Sintió a Luis tras de sí, y extendió la mano para apresar la que él ponía en su hombro.

—Dilo, Pat.

—Amor mío.

La llegada de un criado evitó que Juan hiciera allí una escena.

Desayunaron bajo la sombra del toldo y luego se fueron en sus capallos. Luis le enseñó los pozos de petróleo, que eran como un pueblo inmenso. Las casitas de los colonos, la inmensidad de sus posesiones.



—¿Y todo es de tu hermano? — preguntó curiosa —. ¿Tú no tienes nada?

—Soy como una continuación de Juan.

—¿Y por qué aquí te llaman Luis si allá, en España, eras Juan?

—Eso no tiene importancia, creo yo. ¿Desmontamos? Podemos sentarnos a la orilla del río a fumar un cigarrillo.

Se tiró al suelo y ella cayó en sus brazos. Sin soltarla la miró.

—Pat — dijo muy bajo —, quisiera que nunca olvidaras estas horas vividas junto a mí. Quisiera que te dieras cuenta de lo que tu presencia en esta casa significa para mí, en mi vida solitaria hasta ahora.

—No lo olvidaré, Luis.

—Mi nombre en tu boca tiene otra sonoridad.

—Suéltame.

Pat cerró los ojos. Siempre que Juan la besaba (para ella íntimamente seguía siendo Juan) recordaba sus días de España, su noviazgo con Juan, sus tardes en la plaza. ¿Por qué aquel hombre que ahora la tenía apresada en sus brazos, era tan diferente al Juan que ella empezó a amar? ¿Y por qué si lo empezó a amar siendo como era, ahora lo amaba más porque le parecía diferente? ¿Es que los hombres, todos, son distintos solteros que casados?

—Suéltame, Luis. No me has soltado desde que bajé del avión.

—Sí — admiró pensativo —, eres para mí como el agua para un sediento que camina agotado por el desierto. ¿Tú lo sabes, no es cierto?

—Sí — suspiró aturdida —, Lo sé,

Blandamente se apartó de sus brazos y se sentó en el césped. Luis lo hizo a su lado.

—¿Crees que tu hermano cuando regrese me apreciará?

Luis se tendió en la hierba y puso la cabeza en las rodillas femeninas. Las manos de ésta apresaron el rostro bronceado y lo acarició.

—Mi hermano sabe que te amo.

—Pero eso quizá no es suficiente.

—Para él lo es — dijo duro —. Ten la seguridad de que lo será.

\* \* \*

«¿Serán tan felices todas las mujeres que se casan? Quizá sí. Yo lo soy infinitamente. Hoy hace justamente un mes que me casé con Juan. Y sigo preguntándome y creo que me lo preguntaré mientras viva, qué sucede dentro de mi marido para que sea tan diferente al novio que conocí en España.

Me quiere. Lo noto a cada instante. Vive pendiente de mí, de mis miradas, de mis besos, de mis frases. Tengo todo lo que una mujer puede ambicionar, y sin embargo, temo a cada instante que su hermano llegue a interrumpir nuestro idilio. Adoro a Juan, a este Juan que cada día entra más en mí y derrama en mí ser el bálsamo consolador de su cariño. Hay tal ternura en Juan, que a veces me quedo mirándolo y él me pregunta qué veo.

Yo, aturdida, le digo: «Todo lo que no he visto cuando eras mi novio.»



Juan sonríe y es entonces cuando noto algo raro en su sonrisa. Puede un hombre ocultar su sentir, domar su temperamento ante una novia, ocultar sus defectos y simular sus cualidades, pero variar sus sonrisas no, y esto me preocupa. La sonrisa de mi marido no es la sonrisa de Juan. Y esto me lo preguntaré mientras tenga un suspiro de vida. Se lo he dicho a él y Juan se echó a reír con desenfado y entonces me pareció aquel Juan bullanguero y parlanchín que yo conocí en mi patria.

Escribo a tía Sara todas las semanas y le cuento lo que hago, lo que siento, lo mucho que amo a mi marido y la felicidad que desborda en mi interior como un río caudaloso.

Voy a dejar el diario por una temporada. No tengo nada nuevo que contar. Y si refiriera lo que vivo, yo misma llegaría a crearme empalagosa. Vivo un amor deslumbrador, lo aseguro, y no creo que exista en el mundo mujer que disfrute de mayor felicidad que yo. Juan lo dice siempre: «Eres como una gatita mimosa y hay que estar dándote cariño a cada instante. No podrías vivir sin él. Es tan necesario a tu temperamento emocional como para otras mujeres es la diversión y la frivolidad. Tú eres una muchacha que vive hacia adentro, hacia lo hondo, y todo el que te rodea ha de ser feliz porque lo exige tu propia felicidad.»

Estas frases de Juan me llegan al rincón más obscuro de mí ser y me abrazo a él temblorosa de que este hombre no sea de carne, sino una visión que va a desaparecer al instante. Y cuando lo siento junto a mí y me miro en sus ojos, río locamente porque compruebo que no es una visión: es un hombre de carne

y hueso, con un espíritu elevado que me es entregado con toda lealtad. Este es Juan Urtirez, mi marido, el hombre que me ama por encima de todo y al cual adoro con todo mi ser.»

\* \* \*

—¿A dónde vas?

Patricia, sonriente, burlona, suavemente irónica, se descubrió abriendo la capa y Juan alzó una ceja.

—¿A bañarte?

—Ya lo ves.

—Ten cuidado.

La joven se alejaba y Juan, desde la terraza, buscó la silueta grácil que se balanceaba en lo alto del trampolín. La piscina ofrecía un agua transparente, azul como la inmensidad del cielo, y los rayos cálidos del sol caían sobre ella como caricias.

El hombre la contempló por espacio de varios minutos. Luego entró en la casa, se ocultó en su despacho y llamó a Jim.

—¿Desea algo, amo?

—Pasa y cierra, Jim.

El criado cerró y se acercó a la gran mesa tras la cual se hallaba Juan Luis preocupado, con las cejas unidas con ademán interrogativo.

—Mi hermano llega en el avión del mediodía. Coge el auto y ve al aeropuerto.

—Sí, mi amo.

—Dile que...; no, no le digas nada. Le darás una carta que voy a escribir en un instante.

48 —

—Si

—D

Jim

ció sil

la silla

su mu

ahora

suya p

sela. P

besó p

cansac

al hog

casars

Y a

La an

aquell

Pero J

bio an

en su

aquel

surgid

una v

infinit

Ap

avanz

con s

sol, e

ment

ba bu

suya

ilumi

a los



—Sí, mi amo.

—Dentro de diez minutos vuelve por aquí.

Jim salió y cerró la puerta tras de sí. Juan permaneció silencioso e inmóvil varios minutos. Después retiró la silla de un manotazo y se aproximó al ventanal. Ella, su mujer, aquella maravillosa Patricia Palacios, nadaba ahora de un lado a otro de la piscina. Y era su mujer, suya para siempre, y no habría nadie capaz de arrebatársela. Pero Juan, el verdadero Juan, el hombre que la besó por primera vez, iba a llegar. Al parecer se había cansado de la vida agitada de Nueva York y regresaba al hogar donde estaba la mujer con la cual no quiso casarse, como antes no quiso hacerlo con otras.

Y aquella mujer era suya. ¡Y de qué modo era suya! La amaba como un loco y después de haber probado aquella felicidad no podría jamás prescindir de ella. Pero Juan llegaba, y Patricia... ¿Notaría Patricia el cambio ante los dos hombres que tanto significado tuvieron en su vida? No, quizá no. Patricia quiso a Juan, pero aquel Juan había cambiado y ella amaba a este Juan surgido de súbito en su vida. Ella lo había dicho más de una vez: «Eres diferente, pero yo te amo más. Amo infinitamente a este Juan surgido en ti.»

Apretó los puños y se apartó de la ventana. Ella avanzaba por el parque envuelta en la capa de baño, con su cuerpo escultórico acariciado por los rayos de sol, el gorro en la mano, y la melenita negra y suavemente ondulada aún húmeda por el agua que penetraba burlando la goma del gorro. Y aquella mujer era suya ante Dios y los hombres, y bendijo al cielo que iluminó a su padre para poner un nombre parecido a los dos.

Pero, ¿qué iba a suceder ahora, ante la presencia de Juan? Y él no tenía derecho a burlar a su hermano, a negarle la entrada en el hogar que fue siempre suyo. Y se conocía y sabía que los celos le roerían temiendo siempre que ella, al conocer la verdad, le maldijera.

—¿Puedo pasar, marido?

La voz cálida le estremeció. El siempre amaría el sonido de aquella voz suave, llena de ternura, apasionada en ocasiones, que decía frases breves en su oído. Aquella voz de Patricia Palacios, que era como una caricia sin fin y que le llegaba hondo, hondo, como una garra opresora a veces, cual un beso interminable otras.

—Pasa, querida.

Se abrió la puerta y apareció la deliciosa figura en el umbral. Traía la capa abierta y el maillot negro hacía destacar su piel bronceada. Juan la miró y avanzó despacio hacia ella.

—No me toques porque te mojarás.

—No importa.

—No me toques, Luis — susurró.

Y con aquel su ademán espontáneo, inclinó la cabeza, lo miró y lo besó en la nariz.

—Hasta luego, cariño. Voy a vestirme.

La dejó marchar, pero quedó en el despacho el perfume tan personal que iba impregnado en todas sus ropas, en su pelo, en sus manos... ¡Deliciosa Patricia!

Se sentó a la mesa y escribió rápidamente:



«Juan, recuerda que estoy casado con la mujer que no quisiste hacer tuya. Recuerda que la amo como jamás amé nada en la vida y que soy feliz. Recuerda asimismo que soy el hombre más celoso de la creación y recuerda... que en un tiempo tú has sido yo y que ella aún ignora la verdad. Y no olvides que esta verdad no la diré nunca porque prefiero ser un falso, un villano y un canalla antes de perder el tesoro de su cariño.

»Y la idea de que ame en mí tu persona me saca de quicio, me vuelve loco. Antes de pisar el umbral de esta casa, que es la tuya, recuerda todo eso.

»Bienvenido a tu hogar, mi querido Juan.»

Cerró la carta en un sobre y cuando llegó Jim se la entregó.

—Cuando mi hermano baje del avión, entrégasela. Que la lea antes de llegar a casa.

—Sí, mi amo.

—Ve, pues.

Al quedar solo, subió de dos en dos los escalones y entró sin llamar en la alcoba que compartía con su mujer.

Esta, descalza, vistiéndole pantalones blancos cortos y una blusa verde, se volvió hacia el intruso y se echó a reír.

—¿Crees que es ese el modo de entrar en la alcoba de una mujer?

—Cuando esa mujer es la mía...

—Ven.

Juan avanzó, se situó junto a ella. Era bastante más alto y Patricia hubo de empinarse sobre las puntas de los pies para pasarle los brazos por el cuello.

—Pero..., ¿no me abrazas, amor mío? — susurró zalamera.

—Vengo a decirte algo.

—Dime. Pero antes..., ¿desde cuándo fumas tú en pipa?

Y con sus dedos extraía la pipa que asomaba por el bolsillo superior de la camisa de su marido. La miró, la dió unas cuantas vueltas entre sus dedos y se echó a reír.

—Nunca te he visto fumar con este aparato.

—Fumo alguna vez... Ahora estuve en el despacho y la cogí sin darme cuenta.

—Me gusta que fumes en pipa. El olor fuerte de este tabaco se parece a ti. No eres tú de los hombres que fuman cigarrillos rubios.

—Hasta ahora...

—Sí, y es lo que me asombra. Que los hayas fumado. En España lo encontraba natural. Ahora no.

—¿Y... por qué no?

—Porque... no eres un hombre frágil, ni moderno, ni cuadra bien el cigarrillo entre tus dedos fuertes. En España, cuando te conocí, vi en ti al hombre atildado, siempre impecablemente vestido, oliendo a loción cara. Aquí no te veo así. Eres un hombre fuerte, decidido, sin remilgos. Un hombre del campo que siente la vida en su plenitud y la hace sentir así a quien le rodea.

—Lo cual quiere decir que amabas y admirabas más a tu atildado novio de España.



Patricia sonrió zalamera, se apartó de él y dió unas vueltas por la estancia.

—¿Me has oído, Patricia?

—No levantes la voz y sigue llamándome Pat. No, no amo más a mi novio de España, puesto que tú eres mi marido y te adoro, Luis. — Empequeñeció los ojos para guardar el brillo de su mirada y susurró bajo, pero intensamente: — No creo que exista mujer en el mundo que te quiera más que yo. Tenlo presente. Ya no recuerdo nada de mi noviazgo. Tengo un marido y éste absorbe todos los momentos de mi vida.

—Pat...

La joven fue hacia él, se colgó de su cuello y susurró al tiempo de besarlo en la boca apretadamente, tal como él le había enseñado:

—Me gusta que me llames Pat, vida mía.

con  
zos  
lleg  
y v  
ant

su  
en  
la  
alte  
par  
la  
vez

de  
bat  
bal  
aqu

des  
po



No se atrevió a decirle que llegaba su hermano y con un pretexto se fue de casa y cabalgó hacia los pozos de petróleo. Prefería no estar presente cuando Juan llegara. Tal vez era mejor así, pues ambos separados y vestidos de diferente modo podría sostener el engaño ante Patricia.

Esta bajó a la terraza una vez se hubo marchado su marido y buscó con los ojos una hamaca. Tendióse en ella con un libro en las manos y un cigarrillo en la boca. La mañana era hermosa, lucía el sol en lo alto, bañando con sus rayos todo el contorno. En el parque todo parecía de bronce y allí, en el rincón de la terraza, Pat cerró suavemente los ojos y sintió una vez más plena y honda felicidad.

Vestía los pantalones blancos, cortos, una blusa verde y atado en torno al cuello un pañuelo blanco de batista suiza. Calzaba mocasines y sus pies pequeños se balanceaban al compás de la canción que tarareaba en aquel instante.

Por la empinada cuesta que conducía al valle vio descender un auto envuelto en una espesa capa de polvo. Observó cómo el vehículo daba la vuelta ante

la entrada del parque y enfilaba éste sin titubeos. Miró con curiosidad. Lo conducía Jim y a su lado se sentaba un hombre moreno, alto y elegante. ¿Su marido?

Despacio se puso en pie y se acercó a la balaustrada de la terraza. Observó con curiosidad todo cuanto ocurría en el auto. El vehículo se detuvo, saltó Jim y tras él..., ¿su marido? No, Luis había marchado media hora antes con dirección a los campos de petróleo. Por otra parte, su marido no vestía con tanta elegancia. Aquel hombre... se enfundaba en un traje gris de irremprochable corte, zapatos negros muy brillantes, un sombrero en la cabeza, un maletín de piel de Rusia en la mano...

—Supongo que tú serás mi cuñada — dijo despreocupado, avanzando y situándose ante ella—. ¿Cómo estás, Patricia?

La joven no respondió. Miraba a... ¿Juan? Aspiró hondo y automáticamente alargó la mano. Juan la estrechó entre las suyas y miró en todas direcciones.

—¿No está mi hermano?

—Ha... salido. Tú... eres...

—Soy Juan, para servirte, mi admirada señora Urtez.

—No sabía que...

—¿No te dijo tu marido que llegaba hoy?

—Pues... no.

—Luis es un descuidado. Tengo la garganta seca. ¿Puedo tomar algo por aquí?

—Por supuesto. Pasa...

Entraron los dos en la pieza contigua a la terraza, y Patricia se dirigió seguidamente al mueble-bar y lo abrió, sacando copas y botellas y un jarrito con hiel.



A través del espejo miraba a Juan sin que éste notara la observación de que era objeto. Lo vio ir de un lado a otro contemplándolo todo y sonriendo con aquella sonrisa peculiar, inconfundible... La sonrisa inconsciente de Juan... ¿Por qué? ¿Por qué?

—Toma. Un Martini con hielo.

—Gracias, Patricia. Ha de ser consolador tener aquí una mujer como tú.

No respondió. Juan la miraba y se preguntaba cómo había sido tan idiota de olvidar a aquella muchacha, la más bonita de cuantas trató en la vida.

El nunca la vio vestida de aquel modo y en contraste los pantaloncitos blancos la hacían infinitamente más femenina. Lo era mucho, él bien lo sabía, pero nunca le pareció tanto como aquella mañana vestida de aquel modo y con aquella mirada escrutadora en los ojos. ¿Se daba cuenta de lo ocurrido? No, quizá no se la diera nunca. Ella amaba a Luis y él era un pobre pelele dominado por las pasiones humanas. El las hacía sentir y Luis las sentía, y las transmitía a cuantos le rodeaban.

—Está sabroso. ¿No puedo saber dónde está mi hermano?

—Creo habértelo dicho ya. Marchó hace cosa de media hora a los pozos.

—Ya.

Dejó el vaso sobre una mesa y se dirigió a la puerta.

—Encantado de conocerte, Patricia. A decir verdad, ya casi te conocía a través de las cartas de Luis...

En el umbral se detuvo y miró a la joven. Esta lo analizaba detenidamente, con los labios apretados y una rara expresión en los glaucos ojos.

—¿Por qué me miras así? — preguntó Juan.

—Me estoy preguntando si no me equivocaré nunca.

—¿Equivocarte?

—Sí, eres tan idéntico a mi marido que temo confundirte...

—¡Ah! — rió como reía el hombre que ella conoció en España... —. No es fácil. Luis es de los hombres que no permiten una confusión de esta índole. Hasta luego, querida cuñada. Voy a cambiarme de ropa, a darme un baño y a pedir un caballo. Tengo ganas de ver a mi querido gemelo.

Salió cerrando tras de sí y Patricia estuvo inmóvil varios minutos. Después giró sobre sus zapatos, abrió la puerta elntamente y subió a su cuarto.

\* \* \*

«Pensé dejar el diario por una temporada, pero han surgido cosas tan extrañas que no tengo más remedio que decirlas a alguien, y nadie más discreto que mi cuaderno de tapas de piel. ¡Dios mío! No puedo creerlo y es cierto... Juan y Luis, los dos gemelos que resultan exactamente iguales para cualquiera que no les ame... Pero para mí, que amo a uno de ellos... Para mí, que fui novia de Juan y ahora soy esposa de Luis...

Pero, ¿por qué? ¿Por qué este cambio? ¿Y a qué fue debido? ¿Por qué lo hicieron? Juan, este hombre que acaba de llegar, fue mi novio, el muchacho dicharachero y feliz que conocí en España.



Y sin embargo estoy casada con Luis y amo a éste. Lo amo con todo mi ser y ahora comprendo por qué me parecía diferente. ¿Qué debo hacer? ¡Ilumíname, Dios mío!... Dame fuerzas para simular cuanto sé y guíame por este camino de la vida, que ha dejado de ser dichoso.

¿Debo olvidar que me han engañado? ¿Debo seguir por la corriente de la vida como si nada supiera? ¿Cuál de los dos es el dueño de esta inmensa riqueza? ¿Mi marido? ¿Mi ex novio? ¡Oh, tía Sara, en este día sí que te necesito aquí! Creo que es la primera vez en mi vida que me siento sola y desamparada, y no obstante, amo a mi marido, sea Juan, sea Luis, sea un mendigo o un criado. Yo amo a Luis por encima de todo y no podré jamás guardarle rencor por un engaño semejante. Debiera guardárselo, ir a su lado, lanzar a su cara mi humillación y mi despecho, pero no puedo...»

\* \* \*

—¡Juan!

—Luis.

—¿Hace... mucho que has llegado?

—Cosa de media hora. Me di un baño, puse esta ropa y salí a caballo hacia aquí...

Desmontó y abrazó a su hermano. Luis parecía pálido, fatigado y triste aquella mañana.

—¿Cómo estás, Juan?—preguntó con ronco acento.

—Admirablemente. Esta vez no vengo a importunarte con una nueva conquista; me he cansado. Vengo

—59

a trabajar de firme y a demostrarte que he sentado la cabeza.

Los caballos caminaban al paso y ambos hombres lo hacían detrás, a pie, y casi silenciosos. Sólo Juan hablaba de vez en cuando, Luis le escuchaba y fumaba su pipa con lentitud.

De súbito Luis preguntó:

—¿La... has visto?

Juan sabía a quién se refería. Conocía a Luis y comprendía que tras de reservarse tantos años, al fin se había entregado a un amor verdadero de una vez y para siempre. Luis era así y le pareció mentira que fueran gemelos.

—Sí.

—¿Y qué?

—Nada.

—¿No notó...?

—No creo. Me preparó un Martini, charlamos un poco, me dijo dónde estabas y nada más.

—¿Qué debo hacer, Juan?

Este se detuvo y escrutó en la mirada de su gemelo.

—Mucho la amas.

—Sí, mucho.

—Dile la verdad.

—¿La verdad? ¿Decirle yo a mi mujer que me casé con ella haciéndome pasar por ti?

—Eres su marido legítimo. Te casaste tú, no yo.

—Pero la engañé amparado en nuestro parecido y en los nombres... Eso no lo perdona fácilmente una mujer.

—Pues no digas nada, sigue como estás y espera que ella te lo diga si es que algún día se da cuenta,



cosa que quizá no ocurra porque te ama y una mujer enamorada es un ser ciego.

Luis, por toda respuesta, montó en el potro y se lanzó a galope. Juan, pensativo, lo siguió y cuando ambos llegaron al parque vieron a Patricia en la ventana, fumando un cigarrillo y con la vista perdida en el firmamento.

—Hola— saludó a los dos hombres.

En otra ocasión, Luis se hubiera acercado a ella para besarla. Aquella mañana no se atrevió, y Pat lo miró con expresión interrogativa.

Pero Luis no se acercó. Pat miró a los dos hombres, los miró con creciente curiosidad y supo, casi sin ver, cuál era su marido. La mirada de Juan era viva, alegre, como si los problemas humanos lo tuvieran sin cuidado. Una mirada optimista, desbordante de felicidad. La de Luis intensa, pero no alegre ni feliz. Era una mirada de hombre pensador, apasionado, violento y leal. Luis y Juan, dos gemelos casi idénticos, pero que vistos juntos eran totalmente diferentes. Luis cuadraba la boca en una mueca amarga, fiera. Juan sonreía inconscientemente como un niño consentido y caprichoso.

—Estoy observando que me sería difícil diferenciarlos— rió ella despreocupada, al tiempo de acercarse a Luis y pasarle un brazo bajo el suyo—. Pero no cabe duda que mi marido es éste.

Juan y Luis cambiaron una rápida mirada.

—Lo soy en efecto.

—Sí—lo miró zalamera—y aún no me has dado un beso.

Y con naturalidad, empinóse un poco y rozó sus

labios con los suyos. Luis notó que la boca de Pat estaba fría y dura. Buscó sus ojos y los encontró.

—¿Por qué me miras así, querido?

Los tres estaban violentos. Luis pensaba en que aquella tierna pregunta iba dirigida a su hermano. Juan pensó que su llegada trastornaba aquella felicidad y sin embargo él tenía sed de hogar y deseaba ese disfrute. Y Pat se sentía violenta porque era la mujer de Luis, y Juan fue su novio y ella creyó que era el mismo hombre...

—Vamos a comer—apuntó Luis, airado sin saber con quién—. Iré a cambiarme.

Soltó el brazo que descansaba en el suyo y salió del salón a paso ligero. Patricia lo miró un instante para volverse casi inmediatamente después hacia su cuñado.

—¿Qué... le pasa?

—Lo ignoro, Patricia.

—¿Está enfadado conmigo?

—No... lo creo. Con tu permiso voy a cambiarme de ropa yo también. Tengo apetito. Hasta luego, querida cuñada.

Pat no respondió. Encendió nerviosamente un cigarrillo y con lentitud inició el ascenso hacia su alcoba. Esperaba encontrar a Luis en ella y se disponía a enfrentársele. No tenía intención de decirle nada con respecto a lo que sabía, pero por nada del mundo, fueran cuales fueron los motivos del engaño, permitiría que su felicidad junto a Luis desapareciera.

Entró y cerró la puerta sin hacer ruido. Vio a Luis hundido en una butaca con la cara entre las manos y se quedó inmóvil contemplándolo. Se notaba en él



que sufría como un condenado y ella no permitiría que Luis sufriera.

Se acercó a él y se arrodilló a su lado. Metió la cabeza bajo la de Luis y susurró:

—¿Te sucede algo, amor mío?

El hombre alzó los ojos, la miró y había en su mirada tal ardor que Pat estuvo a punto de caer hacia atrás. La apresó en sus brazos y la besó en la boca como jamás la había besado.

—Luis, cariño... —susurró ella desfallecida—. ¿Pero qué te ocurre? ¿Por qué estás así?

El seguía besándola sin decir nada, y Pat terminó por pasarle los brazos por el cuello y quedar inmóvil en el breve círculo de sus brazos.

\* \* \*

«Son las doce de la noche. Estoy sola en mi cuarto. Siento, a través de la ventana abierta, las voces de mi esposo y su hermano... Hablan de negocios. Es Luis quien ordena y manda, lo cual me hace suponer que de los dos es él el millonario. Esto no me importa. No me importa en absoluto. Aunque Luis fuera un criado seguiría siendo para mí el mejor hombre del mundo. Y he decidido no volver a pensar en lo ocurrido. Considero a Luis tan leal y tan honrado que si me engañó sus motivos tendría. Pero gracias a Dios esto no ocurrió y puesto que no ocurrió doy gracias al cielo que me deparó un marido como Luis, y no uno como Juan tan poco constante. Deduzco, a través de todo lo que

pasó, que Luis fue víctima de Juan. Quizá éste no quiso casarse conmigo y dado la nobleza de Luis... Pero no, por deber, no. Luis me quiere. Dios mío, si lo dudaba bien claro lo vi esta mañana. Cuando bajé a comer aún sentía el palpitir del corazón de Luis junto al mío y en cierto modo me sentí avergonzada temiendo que Juan adivinara lo ocurrido entre mi esposo y yo.

»Pero Juan no ve nada excepto sus propias satisfacciones. Esta tarde, nada más comer, lo llamaron por teléfono de la finca próxima, creo que una chica llamada Carolyn no sé cuántos... Ello me hace suponer que Luis nunca fue un hombre frívolo y en cambio Juan... Sí, claro; si yo fuera una muchacha de experiencia me habría dado cuenta, ya en España, de lo ocurrido en la vida de Juan. Me la doy ahora y gracias a Dios no le pertenezco. Regresó a las diez de la noche enumerando las bellezas femeninas que había en la fiesta ofrecida por los vecinos de la finca de la colina. Juan es un hombre despreocupado y moderno que nunca será fiel a una sola mujer.

»Lo hablé con Luis, cuando vi a Juan subir a su coche y perderse en la carretera cubierto por una espesa capa de polvo. Luis me miró. Fumaba su pipa y esto me agradó. Con la imaginación lo vi apretándome en sus brazos y besando mi boca. Creo que no habrá hombre en el mundo capaz de hacerme sentir lo que Luis cuando me besa. No he conocido mucho a los hombres. El primero en mi vida fue Juan y nunca me sentí arrebatada a su lado, absorbida por su pasión. En cambio junto a Luis... Dios mío, cuánto y de qué modo quiero yo a este hombre que desde que llegó su hermano parece atormentado como si a cada instante fue-



ra a perderme. Como si esto fuera posible después de haber vivido a su lado horas inolvidables.

—Hay que reconocer—dije, mirando a mi marido—que sois casi iguales físicamente. Pero vuestro temperamento dista mucho de parecerse.

—Sí, mucho.

—¿No te agrada que él haya venido, Luis? Desde que llegó pareces malhumorado y lo peor de todo es que me echas a mí la culpa.

Noté sobresalto en sus ojos.

—¿La culpa a ti? No seas tonta.

—Lo parece. Me miras de otro modo.

—¿Cómo te miro?

—Con temor, con dureza, con pesar...

—Ven aquí, gatita.

Fui. Me cerró en sus brazos y sentí su boca sobre la mía.

—Eres... lo mejor que tengo en este mundo, Pat.

—A veces no lo parece.

—Pues lo es.

—¿A ti nunca te llamaron por teléfono esas chicas de la casa de la colina?

—No, nunca.

—¿Y por qué?

—Porque yo soy un hombre de hogar, porque yo no iba a casarme con ellas...

—Juan nunca se casará.

—O quizá sí. Sólo hace falta que llegue una más lista que las demás y lo pesque. Casi siempre ocurre así. Los hombres del tipo de Juan conocen a miles de mujeres en el transcurso de su vida—añadió sin soí-tarme—. Se enamoraron pèrdidamente de cada una de

ellas y luego se casan con la peor de todas. Quizá es un castigo del cielo a sus liviandades.

Cuando regresó Juan, Luis y yo nos hallábamos en la terraza tendidos en sendas hamacas, yo fumando un cigarrillo, Luis su pipa, la cual ahora casi nunca deja, y esto me hace suponer que al principio fumaba cigarrillos para no molestarme y parecerse más a Juan... Y no sabe el muy tonto que yo no quiero nada que tenga semejanza alguna con el libertino de mi cuñado.

El reloj del vestíbulo tocó las doce y media. Las voces se alejan, lo cual me indica que ambos hombres se retiran. Cierro el diario y lo ocultaré en seguida. Siento los pasos de Luis. Esos pasos inconfundibles que sólo pueden pertenecer a mi marido.

Luis entra, me mira. Voy hacia él...»



## VI

Por primera vez el joven matrimonio Urtirez recibió una invitación para una gran fiesta que en fecha breve se celebraría en la casa de la colina.

En aquel instante, Juan se hallaba repantigado en una butaca, y Patricia hundida en un diván con la carulina en la mano, dándole vueltas y vueltas.

—Es extraño.

—¿Por qué? —preguntó Juan—. Fui yo quien sugirió a Carolyn la idea de invitaros. Eres demasiado joven para vivir cerrada aquí.

—Estando con Luis estoy contenta.

—Ya.

—Lo quiero, ¿sabes?

—Lo sé.

Se sentía despechado. Patricia era, de todas las mujeres que había tratado, la mejor, la más bonita, la más elegante, la más apasionada, la más femenina, y pudo haber sido suya. El nunca haría una mala faena a su hermano, por supuesto; pero comprendía que cada día admiraba más a la joven y se conocía... Se conocía muy bien.

—Y por supuesto no pienso ir a esa fiesta.

—Harás muy mal. Dicen que no de solo de pan vive el hombre ni tampoco de amor...

—Tengo a Luis a mi lado y es suficiente.

—¿Quién habla de Luis?—preguntó éste entrando. Y al ver juntos a los dos jóvenes frunció el ceño.

—Yo—repuso la esposa—. Acabo de recibir una invitación para la fiesta que se celebrará en la casa de la colina. Le estaba diciendo a Juan que no pienso ir.

—Pues haces mal—apuntó Juan con calor—. Eres muy joven y vives encerrada aquí como una prisionera. Tienes derecho a conocer la parte buena que la vida tiene...

—Ya te he dicho...

—Sé lo que me has dicho y di respuesta a ello. Que Luis te compre un vestido de baile y sin duda serás la más bonita de cuantas mujeres concurren. Te lo digo yo que soy perito en la materia y conozco a las mujeres.

Le pesó haberlo dicho al ver la cara de Luis a través del espejo. Pero estaba harto de desear bailar con Patricia y ver domeñados sus deseos.

Hubo un silencio. Juan, violento consigo mismo, se puso en pie, aplastó la punta del cigarro en un cenicero y salió brusco de la estancia.

Patricia dio más vueltas a la cartulina y la dejó sobre una bandeja próxima.

—No deseo ir, Luis—dijo sin levantar los ojos.

El hacendado se acercó a la ventana. Tenía la frente fruncida en dos profundos pliegues y su boca se relajaba con fiereza.

—¿Y por qué no? Después de todo... él tiene razón. Eres joven y no tengo derecho a encerrarte así. La vida



que llevas es de una ermitaña y me pregunto cómo no me di cuenta de ello.

—Te aseguro...

—Te compraré un equipo completo y alternarás, aprovechando el verano. Luego, durante el invierno, uno tiene que cerrarse en la hacienda, quiera o no obligado por el mal tiempo.

—Luis, mírame, acércate a mí y hablemos con calma.

—Ya está todo dicho.

Y salió dando un portazo.

Ella, Patricia, notaba aquella violencia siempre que por cualquier causa la encontraba sola con Juan. ¿Se celaba de su hermano? ¿Y qué culpa tenía ella? Sabía que ellos, los dos gemelos, siempre vivieron unidos y ahora observaba la distancia espiritual que los separaba. Juan no odiaba a Luis, pero, sin duda, en silencio, le reprochaba el haberse apoderado de la mujer que él conquistó. Luis temía a Juan, temía que un día hablara y se llevara a la mujer que suponía todo en su vida. Y Patricia, que vivía entre los dos, sufría las consecuencias de este antagonismo, de este temor, de esta incertidumbre que envolvía poco a poco a los dos hombres.

\* \* \*

«Algo ocurre que yo no acabo de comprender. No concibo que por celos Luis haga esto conmigo. Sin duda hay algo más que lo separa de mí. ¿Falta de amor? No lo admito. Luis me ama porque un hombre de su carácter no puede dejar súbitamente de amar a su

mujer y él, desde un tiempo a esta parte, parece que me huye.

Apenas si está en casa. Pretextando trabajos en los pozos, hace dos semanas que no duerme en casa. Me saluda apenas cuando me ve y no recuerdo cuándo me dio el último beso. Es un tomento vivir así junto a un hombre al que se ama y sentirlo alejado más y más cada día. ¿Tiene la culpa Juan? A éste lo veo continuamente. A veces pienso que Luis nos deja solos intencionadamente. ¿Pero por qué? Juan es amable conmigo, me trata con cariño, con admiración a veces, y también, alguna vez, sorprende en sus ojos una expresión extraña, que me desconcierta. Si Luis fuera de otro modo yo no me fijaría tanto en Juan, pero esta soledad es insoportable, y por otra parte, aunque quisiera evitarla, nunca me atreveré a decirle a Luis que lo necesito en mi vida más que nunca.

Para finales de la semana próxima se celebra la fiesta de los Cochran. Dicen que promete ser una fiesta espléndida y yo sigo pensando en no ir. Pero si Luis continúa en esa actitud no tendré más remedio que pensar algo para hacerle salir a él de esa apatía que me vuelve loca.

Ayer tuvimos un pequeño altercado. Lo voy a referir tal como sucedió.

Yo estaba sola en mi cuarto tendida en la cama con las piernas encogidas, enfundadas en pantalones azules, descalza y con un cigarrillo en la boca. Entró él, me miró, fue hacia la ventana, sacudió la pipa en el alféizar y se sentó a medias, recostado en el marco.

—Voy a ir a la ciudad—dijo con su norma habi-



tual, mezcla de pesar y dureza—. Quiero que el día de la fiesta seas una de las mujeres mejor vestidas.

No me moví. Sabía que Luis deseaba besarme; hacía mucho tiempo que se abstenía y miraba mi boca con intensidad. Me hice la tonta. El que yo lo amara más que a mi vida y el que tuviera que estar a su capricho era muy diferente. Así, pues, me mantuve inmóvil con la vista perdida en el techo y el cigarrillo en los labios.

—¿Me has oído, Patricia?

—Sí.

—Tendré el auto dispuesto para después de la comida. Iremos los dos.

—No te apures, querido — dije indiferente—. Tengo en mi ropero seis vestidos de noche de los cuales puedes elegir.

—De todos modos deseo regalártelo yo.

—Pues no lo hagas — me senté en la cama y busqué con los pies las chinelas—. De cualquier forma que sea prefiero lucir los míos. Por otra parte no creo que te sobre el dinero para adquirir trapos que luego no servirán para nada.

—Me sobra el dinero.

Lo miré irónica.

—¿Te sobra? Yo creí que no tenías un centavo. ¿Acaso no es Juan el hermano rico? Porque después de observar vuestro parecido, tengo miedo hasta de confundiros en mi propio cuarto.

—¡Patricia!

—Perdóname si he dicho una insensatez.

—La has dicho — gritó—. ¿Me entiendes? La has dicho y muy grande. Que no... vuelva a ocurrir.

No respondí. Lo vi acercarse a la puerta y tocar el pomo. Me sentí morir. Hacía muchos días que Luis no entraba en mi alcoba y aquel día lo dejaba marchar sin hacerle comprender lo mucho que lo necesitaba en mi vida.

—Luis.

No respondió.

—¡¡Luis!!— volví a llamar esta vez con desgarramiento.

Era terco y duro para mí que no se lo merecía. ¿De qué me acusaba? ¿De hablar con su hermano? Su hermano para mí nunca dejó de ser respetuoso, amable, cortés... Yo no tenía la culpa de que él se celara de modo absurdo si es que en realidad eran los celos los que lo separaban de mí. ¿Y si no eran los celos y era su falta de amor? Esta sola idea me desquició y como loca corrí hacia la puerta cuando él ya la cerraba tras de sí.

—¡¡Luis!!— llamé en un grito.

Me miró de tal manera que sentí cómo el suelo daba vueltas bajo mis pies. Había tal rabia en sus ojos, tal fiereza en su boca que no supe decir nada y cerré la puerta.

Desde entonces no he vuelto a verlo. No fué a la ciudad, por supuesto, ni acudió al comedor a la hora de la comida, y al llegar la noche, yo, pretextando un dolor de cabeza subí a mi alcoba y pasé la noche llorando.

Cuando me levanté hoy salí al balcón y lo primero que vi fue a Luis ensillando su caballo. Tosí y él miró hacia la ventana. Dió los buenos días casi sin abrir los labios y siguió en su faena. Yo sabía que aquello



lo realizaba un criado todos los días y sin embargo aquella mañana lo hacía él quizá para marchar antes.

Me acodé en la ventana. Vestía la ropa de dormir y una bata sobre ella. Crucé los brazos sobre el pecho y dije:

—Si me esperas voy contigo, Luis...

Sin levantar la cabeza replicó:

—Tengo prisa.

¿Ibamos a estar así el resto de nuestra vida? ¿Y yo qué podía hacer? Le pediría a Juan que se fuera, le diría que lo sabía todo y que su presencia en casa me atormentaba, porque atormentaba a Luis. Pero no, yo no tenía derecho a alejar a Juan de mi hogar, del hogar que siempre había sido suyo. Era Luis quien tenía que comprender y comprendería. Yo le ayudaría si era preciso.

Lo vi salir del parque a galope y perderse en la campiña amarilla de aquella mañana llena de sol. Mis ojos se llenaron de lágrimas y senti que Dios no me diera un hijo para atraer de nuevo a aquel hombre que era todo en mi vida.»

■ ■ ■

Juan leía el periódico hundido en una butaca junto al ventanal abierto. Al otro extremo del salón, Patricia permanecía inmóvil y reflexiva.

Un criado abrió la puerta y dijo:

—La señora está servida.



Juan dobló el periódico, apagó el cigarrillo y se puso en pie. Patricia permaneció sentada.

—¿Vamos, Patricia?

—Luis no ha llegado aún.

Juan alzó una ceja.

—¿Es que Luis no te dijo que esta noche no vendría?

La joven se irguió de un salto.

—No me lo ha dicho. Pero si lo sabes tú, creo que es bastante...

Y pasó ante él entrando en el comedor con los labios apretados.

—Patricia.

—Déjame, Juan. Prefiero... no saber nada.

—Luis debiera decirte que no vendrá en toda la semana. Asuntos relacionados con el petróleo lo llevaron a California...

—¿Y te lo dijo a ti?

—Naturalmente, puesto que trabajo con él.

—Y yo soy su mujer—dijo helada—. ¿O es que los dos lo habéis olvidado?

—Yo no tengo por qué recordarlo. El, sin duda, lo sabe bien.

—Ya.

Se sentó a la mesa y desplegó la servilleta.

—¿Hay algo que no marcha bien entre vosotros, Patricia? ¿Puedo yo servirte de algo?

—De nada.

—Me gustaría que tuvieras confianza en mí...

—¿En ti?—y rió desdeñosa—. En ti no, Juan.

Se puso en pie sin probar bocado.

—Patricia, has de comer.



—No tengo apetito y perdóname. Me retiro a mi alcoba.

No salió de ella en todo el día. Al anochecer salió al porche y se sentó en el brazo de una butaca. Los mozos regresaban de sus faenas. Cada cual iba a su departamento. Las mozas hablaban con sus amigos, sus novios, sus hermanos... Ella estaba sola, más sola que nunca teniendo tantos recuerdos dentro del alma.

Había visto salir a Juan en su coche en dirección a la casa de la colina. ¡La casa de la colina! Todo ocurrió desde el día que recibió la invitación. No iría a la fiesta. Aunque pretendieran llevarla a rastras no iría.

Subió a su alcoba y sacó el diario del cajón. Quiso trazar unas líneas, pero no pudo y dejó caer la cabeza sobre el libro abierto. Las lágrimas borraron las letras aún con la tinta fresca de aquella mañana. Se puso en pie y se acodó en la ventana. La brisa nocturna agitaba los álamos del parque. Era una noche bellísima, invitadora, y ella se sintió más sola que nunca, aun cuando tenía un marido y amaba cada día más a aquel marido.

Volvió sobre sus pasos y se tendió en la cama. Cerró los ojos y permaneció inmóvil, absorta.

«  
me  
a tí  
men  
lenc  
neca  
y se  
me  
tiem  
amo  
No  
L  
Luis  
me l  
A  
sabe  
Y  
teleg  
sigui  
sigui  
D  
ensil



## VII

«Transcurrió la semana. Luis no ha vuelto, lo cual me hace suponer que le importo muy poco. He escrito a tía Sara y sin decirle por qué le ruego encarecidamente que deje su casona y venga a la tierra de las violencias. No sé si mi tía comprenderá lo mucho que la necesito. Ojalá se deje guiar de sus rápidos impulsos y se presente aquí. Sin Luis y con esta amargura que me roe las entrañas, no podré seguir viviendo mucho tiempo. Me parece mentira que lo que fue un gran amor, muera a lo tonto en el corazón de mi marido. No digo en el mío, porque sé que no morirá jamás.

La fiesta de los Cochran se aproxima. Tal vez Luis no venga para entonces y me alegro, porque así me libraré de decir que no deseo ir.

Alguien llama a la puerta. Me levantaré e iré a saber quién es.

Ya estoy aquí de nuevo. Era una doncella con un telegrama en la mano. Lo abrí. Es de Luis. Dice lo siguiente: «Llegaré mañana noche. Luis». Sólo eso. Ni siquiera le merezco un beso por cortesía.

Dormí mal y me levanté antes que nadie. Jim me ensilló el caballo y recorrí la pradera de parte a par-

te. Al llegar a casa subí a mi cuarto y al quitarme el traje de montar comprobé los muchos kilos que había perdido. Estoy delgada y pálida, sin ánimos para nada. A este paso me convertiré pronto en una enferma. Los criados debieron notarlo, pues cuando me vieron bajar enfundada en una batita de hilo, uno de ellos me miró interrogante y sus ojos parecieron decir: «Claro, apenas come».

Si he de seguir así, no me importa morir. ¿Para qué quiero la vida sin el amor, la comprensión y el respeto de Luis?

Pasé el día vagando por la casa como una sonámbula. Al anochecer llegó Juan y le dije que su hermano regresaba aquella noche. Noté en su semblante satisfacción y esto me acercó a él espiritualmente. Juan no es mala persona y ama de veras a su hermano, lo cual me indica que siente respeto por mí y cierta admiración que a veces se trasluce en sus ojos para apagarse inmediatamente después, quizá impuesto por su deber de hombre comprensible que sabe no puede admirar a la mujer de su hermano.

Sin duda, si yo fuera la esposa de Juan, lo amaría toda mi vida, pero nunca sentiría por él lo que siento por mi marido. El amor de Juan es como un pasaje de la vida que dura escasamente un año o dos. El de Luis es un pasaje eterno que vive dentro de una y muere al morir el ser. A Juan se le olvida con facilidad, a Luis no se le puede olvidar nunca. Deja huellas profundas dentro del corazón, bañándolo todo con su amor.

Pasé un día horrible y después de cenar subí a mi alcoba. Me tendí en la cama y cerré los ojos.

Como en sueños sentí el motor de un auto, la con-



versación de dos hombres y después... Me senté en la cama de golpe. Los pasos que se acercaban a mi alcoba sólo podían pertenecer a Luis. Sentí la puerta y lo vi en el umbral. Erguido, con los cabellos negros peinados hacia atrás y sus verdes y apasionados ojos clavados en los míos con intensidad. Me olvidé de todo y avancé despacio hacia él. Me apresó en sus brazos.»

\* \* \*

—Pat, Pat—susurró Luis—. Mi querida pequeña apasionada—añadió, doblándola contra sí.

Parecía olvidado de todo para quererla, y Patricia Palacios dió gracias al cielo silenciosamente por el bien que le deparaba.

Se sentía callada y tibia, presa en el breve círculo de sus brazos.

—¡Cuánto has tardado!—susurró.

—Estaba deseando tenerte así, mi pequeña apasionada, pero deberes mayores me obligaron a marchar.

—Debiste llevarme.

—Ojalá pudiera.

—Luis.

—Dime, querida gatita.

—Me gusta que me llames gatita.

—¡Gatita mía!

Así una hora y otra hora. Patricia Palacios nunca olvidaría aquellas benditas horas durante las cuales encontró de nuevo a su marido. Fue como si de súbito se hallara destrozada en un ribazo y alguien la pren-

diera por un brazo para salvarla del peligro. Y la salvaron. Tenía una mirada diferente en sus glaucos ojos y una risa contagiosa en la boca.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, miró, como en otra ocasión, la huella de la cabeza de Luis en la almohada. Su marido había vuelto, la había querido y no recordó que antes de marchar estaban distanciados.

Transcurrieron unos días maravillosos, durante los cuales apenas si vio a Juan. Pero una noche, Juan llegó antes que de costumbre, y Patricia se hallaba sentada junto a Luis en un diván del salón. La brisa nocturna entraba por los ventanales abiertos. Hacía una cálida noche de agosto y alguien, en el patio, tocaba la guitarra.

Patricia se sentía como adormecida, una mano de Luis descansaba acariciadora en su rodilla y la otra sostenía la pipa que a pequeños intervalos llevaba a la boca. Entró Juan en aquel instante, dio las buenas noches, fue al mueble bar y sacó una botella y una copa.

—Hace una noche espléndida — dijo.

—Invita a pasear — comentó Luis.

—Mañana se celebra la gran fiesta de los Cochran — observó Juan, dando la vuelta hacia el matrimonio, con la copa llena en la mano—. Supongo, Patricia, que tendrás dispuesto tu modelo de noche.

La joven sintió la mano de Luis en su rodilla. La sintió tensa y fría.

Sin mirarlo, dijo, fijando los ojos en Juan:

—No pienso ir.

—¡Ah!



—¿Y por qué no, Pat? —preguntó Luis al tiempo de ponerse en pie—. Promete ser una fiesta espléndida.

—Sé muy bien lo que son esa clase de fiestas. No pienso ir de cualquier modo.

—Iremos los dos.

—Te lo ruego, Luis.

Luis parecía de piedra. Su faz petrea seguía vuelta hacia su mujer y ésta supo que iría a la fiesta y que Luis la acompañaría y que ella bailarían con Juan y que su marido sufriría de veras.

—Ya hablaremos de eso después —dijo, poniéndose en pie—. Ahora vamos a comer.

Fue una comida silenciosa. Juan trataba de ser humorista y de vez en cuando decía una tontería que no hacía reír a Luis y provocaba una rara mueca en la boca bonita de Patricia.

Cuando ésta se vió sola con su marido en la alcoba, se sentó en el borde de una butaca y dijo:

—No sé a qué fin tienes ese empeño en que acuda a la fiesta de los Cochran. Yo no quiero ir.

—No tengo derecho a enterrarte en esta casa. Una casa bonita, llena de comodidades, pero insuficiente para una mujer joven y bella como tú.

—Es más que suficiente para mi deseo.

Luis se volvió hacia la ventana con cierta precipitación. Sacudió la pipa, la hundió en el bolsillo superior de su americana y comentó con acento extraño:

—¿A qué tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Miedo yo teniendo un dueño como tú? Luis, eres absurdo.

—Ojalá no lo fuera.

—¿Y por qué lo eres? ¿De quién sientes celos? He-

mos vivido alejados casi un mes... Si me dicen que he de volver a sufrir otro tanto, prefiero morir, amor mío.

—¿Celos? ¿Y de quién?

Parecía enfadado de súbito, y Patricia temió no haber tenido bastante tacto.

—No lo sé. A veces pienso que...

—No pienses absurdos.

—Si yo te suplicara que no me obligaras a ir a esa fiesta...

—Sería inútil, Patricia — dijo inflexible —. Irás a ella y serás la mujer más bella de cuantas concurren a casa de los Cochran.

—¿Y si me negara?

—Pensaría que, en efecto, tienes miedo de algo o de alguien.

—Pues pensarías muy mal.

Sin darse cuenta ella misma se iba enfadando. y Luis adquiriría mayor tirantez.

De súbito, preguntó él:

—¿Antes de haberme conocido a mí... has amado a otro hombre, Patricia?

La joven se levantó muy lentamente y se acercó a su marido. Quiso lastimarlo, no sabría decir jamás por qué sentía aquel imperioso deseo de hacer sufrir a Luis; y con naturalidad dijo:

—Sólo amé a un hombre que se llamaba Juan... Luego me casé contigo que decías ser el mismo Juan... Pero no lo pareces.

—Quieres decir que me amas menos.

—No sé lo que quiero decir. Sólo te pido que si de veras me amas, no me obligues a ir a esa fiesta. Sólo



tuve un novio y ese novio es hoy mi marido... ¿O no lo es, Luis?

Luis apretó los labios, giró sobre sus talones y dijo fiero:

—No puedo quedarme aquí tengo algo que hacer en el despacho.

Salió y ella no lo retuvo. Cuando horas después se abrió de nuevo la puerta de la alcoba, Patricia Palacios aún no dormía. Sintió a Luis junto a sí.

La voz susurró:

—Perdóname, vida mía.

\* \* \*

Juan y Luis esperaban en el vestíbulo fumando sendos cigarrillos rubios. Vestían impecablemente de etiqueta y aquella noche no era fácil diferenciarlos. Ambos tenían una suave sonrisa en los labios, y en los ojos una mirada plácida, sin tormentas.

Eran vestidos de negro, con sus zapatos brillantes, sus pecheras almidonadas y sus pitillos, como dos gotas de agua en una clara noche de primavera. Dos gotas quietas en una flor y no era fácil saber cuál de ellas se llamaba Juan y cuál Luis.

Ambos, ante el espejo, se miraron con curiosidad. Juan dijo jocosamente.

—Creo que Patricia esta noche tendría dificultades para saber cuál es su marido.

—No digas estupideces.

—Haz la prueba. Cuando ella baje mantente quieto, déjala aproximarse y verás su titubeo.

—No lo permitiré.

—Tienes poco sentido del humor.

—Con mi mujer no me gustan las bromas.

Juan enderezó el nudo de la corbata con ademán maquinal y se apartó del espejo.

—Sé lo mucho que amas a tu mujer, Luis —dijo con rara entonación—. Y me pregunto, desde que llegué de mi viaje, cómo fui tan estúpido para dejarme arrebatar lo que era legítimamente mío.

Luis iba a responder cuando sintió la voz de Patricia.

—Buenas noches.

Ambos hombres miraron hacia lo alto de la escalera. Allí, erguida, preciosa, como una visión celestial, se hallaba Patricia Palacios, la mujer más bella, más elegante y más femenina de cuantas habían conocido aquellos dos hombres.

Vestía un traje de noche blanco, escotado, aprisionado el busto, cayendo en vuelos hacia el suelo. Cruzado en el pecho un echarpe y en la boca, aquella boca que besaba apasionadamente hasta enloquecer a Luis, una diáfana sonrisa de súbito interrogadora. ¿Cuál de aquellos dos hombres era su marido? Por primera vez veía en las pupilas de los dos la misma admiración, y en la boca la misma sonrisa dura, desafiadora. Sin duda, en aquel instante ambos sentían las mismas sensaciones y éstas se traslucían en sus semblantes.

Bajó despacio las escalinatas sin que ninguno de los dos se le acercara y avanzó recogiendo con gracia femenina el vuelo de su falda. Se detuvo, los miró escrutadora primero a uno y luego a otro. En los ojos



de ambos seguía la misma mirada, y Patricia sintió frío dentro de sí.

—¿Cuál es mi marido?— preguntó retadora—. Lo haces intencionadamente o es que...

Apretó los labios y prendió el brazo de Juan. Entonces se oyó la voz seca de Luis.

—Yo soy, Patricia.

Esta soltó el brazo de Juan como si quemara sus dedos y se volvió hacia Luis.

—No me gustan las bromas, Luis— dijo bajo—. Y esta es... demasiado pesada.

—Vamos.

Sus dedos, en el brazo de la joven hacían daño, quemaban y apretaban con intensidad. Tras ellos, silencioso y reflexivo, iba Juan. En silencio subieron los tres al auto, y Luis se sentó ante el volante.

Fue aquella noche, la más dura noche de cuantas había vivido Patricia.

«ES  
asoma  
salía e  
perder  
por la  
así en  
diáfano  
tengo

Ter  
ayer n  
bía as  
pero e  
sin aq  
las pro  
mas y  
bien v  
entre  
Cochra  
go pre

«Qu

Di



## VIII

«Estoy sola en mi alcoba. Acabo de levantarme y al asomarme y ver cómo llovía me sentí deprimida. Luis salía en aquel instante jinete en su potro negro. Lo vi perderse tras el portalón del parque y luego galopar por la campiña bajo la llovizna. Es extraño que llueva así en una mañana de agosto y después de una noche diáfana. Pero llueve. Me siento junto a la ventana y tengo el diario sobre las rodillas.

Tengo mucho que contar. Mucho y penoso. Cuando ayer noche llegamos a la fiesta quedé deslumbrada. Había asistido a muchas después de mi puesta de largo, pero eran fiestas provincianas sin aquel sabor exótico, sin aquella elegancia. El salón aparecía engalanado y las profusión de luces deslumbraban. En cuanto a damas y caballeros parecían pretender estar a cuál más bien vestidos. Nuestra llegada causó sensación. Yo iba entre dos hombres iguales. Nos miraron. Carolyn Cochran se acercó a nosotros, me saludó afable y luego prendió el brazo de mi marido.

«Querido Juan» — susurró.

Di un paso al frente para decirle que aquel no

era Juan y cuál no sería mi asombro al sentir a mi lado la voz queda de Luis.

Lo miré asombrada.

—¿Es que tú no eres Juan?

Sonrió con dureza y me quedé inmóvil. Un caballero se acercó a mí y solicitó un baile. Luis me dió la espalda y lo vi bailando toda la noche con mujeres bellísimas. Al final, casi a las tres de la madrugada, vino a mi lado y me dijo:

—¿Bailamos tú y yo?

—Merecías que te dijera que no después de lo que has hecho.

Alzó una ceja interrogante.

—¿Qué hice?

—Dejarme en brazos de todos los hombres y tú bailando con mujeres muy bellas.

—¡Ah!

Me prendió por la cintura y yo me apreté contra él. Lo sentí temblar junto a mí y me extrañó, pues Luis y yo nos queríamos de tal modo y nos lo demostrábamos tan intensamente que era raro que a aquellas alturas mi proximidad lo emocionara.

—Luis.

—Dime...

—Tú sabes cómo y cuánto te quiero y lo mucho que estoy sufriendo esta noche.

—Es una noche espléndida.

—Para mí no. Yo prefería estar a tu lado, en aquel saloncito bajo una tenue luz...

—Sí, querida.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme, Luis?  
No respondió. Bailaba en silencio llevándome muy



apretada en sus brazos. Vi a Juan al otro extremo del salón con los ojos fijos en nosotros y me extrañó su fiera mirada. De súbito sentí un sobresalto. Me aparté de Luis, lo miré escrutadora. El sonrió y comprendí...

—Tú...— dije ahogándome—no eres mi marido.

Juan palideció un tanto, trató de decir algo, pero de su boca no salió un sonido.

—Eres un...

—Cállate, Patricia. Nos miran.

—Sí— dije con ganas de dar gritos—. Nos miran con curiosidad, y Luis me mira con ira. ¿Te das cuenta? Estuve bailando contigo creyendo que eras mi marido y mi marido está allí y pensará... ¿Qué crees que pensará, Juan?

No esperé su respuesta. Lo dejé con disimulo y atravesé el salón. Me acerqué a Luis.

—Quiero irme, Luis.

—Luego.

—Te lo suplico.

Me miró y sus ojos eran duros.

—Sigue bailando. Lo haces muy bien...

—Quiero explicarte—susurré bajo, temiendo ser oída por los que se hallaban próximos.

Encogió los hombros y esto me irritó.

No le diría nada. No le daría la explicación que debía darle. Lo dejaría creyendo que bailé con Juan porque me agradaba, no por confusión. Porque, evidentemente, la confusión surgió porque él lo quiso así.

—No tienes nada que decirme. Patricia—indicó frío—. Y no pienso marchar hasta que la fiesta concluya. Ha sido... reveladora.

—¡Luis!

—Reveladora, querida mía.

Me senté en un rincón del salón junto a una dama muy elegante y estuve hablando con ella de naderías, muerta de cansancio y desesperación. Cuando los invitados empezaron a desfilan, Luis (suponiendo que lo fuera, pues ya no sabría decir jamás si lo era o no) se acercó a mí con el echarpe en la mano.

—Vamos, Patricia.

Besó la mano de la dama, saludó aquí y allá y ambos salimos al parque. Sentí el frío de la noche en mi cara y en cierto modo experimenté alivio. Subí al auto en silencio y Luis lo puso en marcha. Ibamos solos, lo cual indicaba que Juan aun quedaba en la fiesta con sus amigos.

—¿Quieres tomar algo, Patricia?—preguntó entrando en el salón.

—No. Sólo quiero descansar.

Desde el umbral di la vuelta y subí despacio las escalinatas. Sabía que Luis estaba enfadado. Y los enfados de Luis me hacían sufrir como nada en la vida. Es un tipo mi marido no muy comprensible. Dice adorar-me y me hace padecer constantemente. Es celoso y pago con dureza sus celos. Es apasionado y me arrebató con su pasión sólo cuando él lo desea, y cuando toca la hora a la indiferencia es como una piedra, a la cual se le golpea sin conmoverla.

No daría ninguna explicación. Después de todo era él quien tenía que dár-mela a mí. Fui víctima de su engaño, de su capricho y algún día tendría que decir-me por qué y quizá se lo exigiera aquella misma noche. Pero no. No le preguntaría nada. Será él, un día y no



sé cuándo llegará ese día, quien me diga lo que ocurrió y por qué ocurrió.

Tiré el echarpe sobre la cama, me descalcé y entre en el baño. Me duché. Sentí el agua en mi cuerpo como una maza. Estaba helada y mi cuerpo reaccionó pronto ante aquella frialdad. Puse la ropa de dormir y una bata sobre ella. Me la ataba saliendo del baño cuando él entró en la alcoba.

Lo vi ir de un lado a otro sin decir palabra. Yo me senté en el borde del ancho lecho. Lo vi quitarse los zapatos y los gemelos. Después se quitó la camisa y buscó el pijama en un cajón del ropero. Se cerró en el baño. Cuando salió sus cabellos chorreaban y gotas de agua caían sobre la alfombra humedeciendo, al correr, el pijama negro.

—Buenas noches, Patricia — dijo frío.

Lo miré escrutadora.

—¿A dónde vas?

—A la habitación contigua.

Despacio me puse en pie y me acerqué a él.

—Si te vas hoy — dije, mascando las frases — ten la seguridad de que tarde volverás a entrar aquí. No me siento arrepentida de nada — casi grité, viendo su impasibilidad —. Tú tienes la culpa de cuanto ocurre. Esta noche te has vestido como tu hermano sólo para hacerme daño. Lo conseguiste. Y ten la seguridad, Luis, que si te vas ahora...

—Me voy.

—Yo me iré a España y no volveré nunca más.

Sonrió odioso.

—No quiero más fingimientos, Patricia — observó con helada voz —. Juan es más atractivo que yo, más

divertido. Es un ser enteramente feliz y yo... yo — gritó descompuesto — te vi bailar con él y no lo olvidaré en la vida.

Antes de que yo pudiera responder, abrió la puerta y se lanzó fuera. Me derrumbé sobre el lecho y lloré. ¡Cuántas veces había llorado por Luis, pese a quererlo tanto!

Desde ayer no he vuelto a verlo.

\* \* \*

Juan entró silbando en el *living* y miró a un lado y a otro. Al ver a Patricia, sola, acodada en la ventana, y mirando hacia el jardín salpicado de agua, se aproximó.

—¿Y Luis?

—No sé.

—¿En los pozos?

—Repito que no sé — dije sin mirar —. Lo vi salir a caballo bajo la lluvia.

—¿Qué tal lo pasaste anoche?

La joven se volvió y quedó erguida ante él.

—Fue la peor noche de mi vida, ¿me entiendes? Y tú tuviste la culpa.

—¿Yo?

—Escucha, Juan, tú sabes, porque ayer noche lo comprobaste, de qué forma amo a mi marido...

—Sí.

—Pues no puedo soportar esta vida ni un minuto más.



Juan encendió nerviosamente un cigarrillo y expulsó el humo con precipitación.

—Patricia, te admiro mucho y no te amo... porque eres la mujer de mi hermano. Soy débil y no tengo voluntad como la de Luis, pero... —pasó una mano por la frente—. Yo te ruego que si en algo te ofendí... me perdones. Te pido esto de todo corazón y ten la seguridad de que por vuestra felicidad soy capaz de todo.

—¿Serías capaz de marcharte de nuevo a Nueva York?

Juan asintió sin palabras.

—No tengo derecho a pedírtelo, Juan. Este es tu hogar...

—Es el de él, Patricia, y el tuyo. Yo soy aquí... un simple invitado mal tolerado.

—Eso no.

—¿Para qué vamos a engañarnos?

—Os queréis, Juan —susurró bajo—. Yo sé lo mucho que Luis te quiere, la prueba está en que jamás te culpa de nada. Siempre soy yo la que paga el pato sin haber cometido un pecado en toda mi vida. Yo no quiero que digas a Luis lo que estamos hablando en este instante. Yo sé... que tú, que Luis... Lo sé todo, ¿sabes?

—¡Patricia!

—Sé que empecé a quererte a ti, Juan, sé que me hubiera casado contigo y hubiera sido feliz... Pero luego no sé por qué, yo me convertí en la esposa de Luis... y lo quise con todo mi ser. No como te quise a ti, de otro modo muy diferente. El absorbe toda mi vida y sufro por causas que desconozco. ¿De qué me

culpa Luis, si quien se burló de mí fue él? ¿No me habéis engañado los dos? No lo supe hasta que tú llegaste de regreso de tu viaje. Al verte... me di cuenta de que tú eras el Juan que yo conocí en mi patria. Y me gustaría saber por qué no te casaste conmigo.

—Te lo contaré, querida y admirable Patricia. Y después me iré. Cuando Luis regrese le dices que he salido de viaje, que no sabes cuándo regreso...

—No tengo derecho a privarte de tu hogar.

—Quizá no quieras tenerlo, pero lo tiene tu amor hacia mi hermano. Luis me conoce, sabe que nunca, bajo ningún concepto, seré falso a nuestra lealtad de hermanos. Pero, sabe también que soy débil, que no tengo voluntad y que quizá un día pueda revelarte lo que ya sabes al parecer.

—Es una tortura para mí ese engaño de que fui objeto. Soy feliz, quiero a tu hermano, lo adoro—dijo intensamente—, pero suponte por un instante que no llegara a quererlo nunca y que al llegar aquí me diera cuenta... de lo ocurrido.

—Luis vale infinitamente más que yo y tú eres una mujer justa y razonable. El resultado era de prever.

—¿Y si no ocurriera así?

—Tenía que ocurrir. Yo no me casé contigo porque dejé súbitamente de quererte. Antes de amarte a ti, había amado a muchas otras mujeres, y después amé más aún. Yo soy... como un ave atormentada por sus pasiones, que jamás se detiene definitivamente en parte alguna. Reconozco, no obstante, que a tu lado me hubiera detenido, pero es tarde ya. Luis, al reconocer mi determinación, adoptó la idea de casarse él hacién-



dose pasar por mí. Los nombres nos ayudaban. Yo era Juan para ti, y él era Juan también.

—Ya.

—Se casó contigo.

—Y me quiso.

—Sí. Te quiso ya cuando vio tus ojos a través de aquella fotografía que yo le envié. Luis es así...

\* \* \*

«Juan me habló de Luis hasta quedar sin saliva. Habló y habló con cariño, con admiración, con ternura. Y después subió a hacer su maleta. Me daba pena despedirlo así. Era hermano de mi marido y gracias a él yo había conocido a Luis. Pero era preciso que por una temporada, Juan se alejara de nuestro hogar.

Nos abrazamos al despedirnos y ambos supimos que nuestro amor fraterno no desaparecería nunca. El siempre sería para mí un leal camarada, el querido hermano de mi marido. Y yo sería para él la mujer sincera, la esposa de su gemelo.

Lo vi subir al auto y perderse bajo la lluvia. Me acodé en la ventana y estuve allí hasta que las luces del día desaparecieron. Luego bajé al salón y me senté en un diván con un libro entre las manos.

Estaba allí cuando una doncella pidió permiso para entrar. Traía una bandeja de plata en la mano y en ella un papel azul. Lo recogí con mano temblorosa. ¿De Luis? ¿Se había ido? No lo creía posible.

Lo abrí rápidamente. Era de mi querida tía Sara. Y decía lo siguiente:

«Apresa a los rebeldes que mañana llego  
yo. Abrazos, tía Sara.»

En medio de mi dolor, sentí una alegría loca que súbitamente transmití en sollozos. Mi querida anciana atravesaba los aires por mí, porque intuía que yo la necesitaba y aún usaba de su humor, su envidiable humor para anunciar su llegada. Mi viejecita querida.

Era violenta tía Sara, autoritaria y orgullosa y tenía unas manazas enormes, pero me adoraba y por mí era capaz de todo, hasta de subir a un avión, cosa que detestaba.

Me encontraba echada en el sofá, con el papel azul entre los dedos, cuando sentí los pasos de Luis. Alcé la cabeza y lo vi avanzar manchando con sus botas untadas de barro la gruesa alfombra.

—¿Qué te pasa?— preguntó.

—Nada.

—Estás llorando.

—Sí.

Sequé las lágrimas de un manotazo. Me daba rabia que él presenciara mi llanto. Nunca me vio llorar y aunque lo había hecho muchas veces, siempre fui celosa de guardar mis inquietudes.

Se hallaba de pie ante mí con las piernas abiertas, el impermeable goteando y la cabeza ladeada. Alguna gota de agua se deslizaba del caballo hasta la sien y tuve imperiosos deseos de levantarme y limpiar con mis labios aquellas gotas cristalinas. Pero no lo hice. Había de ser él quien viniera hacia mí, quien disculpara su actitud de la noche anterior, su salida de ma-



drugada, su engaño... Nunca más daría un paso hacia él aunque me muriera de ansia.

—¿Por qué lloras?

—Ya no lloro.

—Lo hacías cuando llegué

—Estás manchando la alfombra con esas botas y es una pena.

—Deja las botas y la alfombra y responde.

—Será si quiero.

—Pues quiere de una vez y contesta.

Suspiré y le entregué el papel azul. Lo leyó con la ceja alzada. Cuando se ponía así era odioso y lastimaba más que si diera bofetadas a millares.

—¿La has mandado a llamar?

—No.

—¿Entonces por qué viene?

—Es mi tía.

—Por supuesto. Pero es anciana y no creo que un viaje así le convenga. ¿La has mandado a llamar?

—Ya te dije...

—Responde la verdad.

Me levanté y fui hacia el ventanal.

—¡Patricia!

Tuve ganas de dar gritos de dolor. Aquella voz de Luis súbitamente endurecida me estremeció de pies a cabeza.

—Di la verdad, Patricia.

Me volví, fijé mis ojos en los suyos.

—Si— dije con un hilo de voz —, la he mandado llamar. No se lo dije con claridad, pero mi tía me conoce.

—Y pensará que estamos matándote aquí.

—Mi tía no es una estúpida. Es una mujer inteligente.

—No sé lo que es tu tía ni me interesa mucho — hizo una rápida transición y preguntó —. ¿Dónde está Juan? Recobré súbitamente toda mi serenidad.

—Juan se marchó de viaje. Dijo que no sabía cuándo regresaría y que lo despidiera de ti.

Lo vi palidecer para enrojecer después. Apretó los puños, preguntó con ira:

—¿Despedirte de mí?

—Que te diera un abrazo.

—¿Y te lo dió él a ti?

Me pareció un niño en aquel instante y sentí lo mucho que estaba sufriendo por sus celos infundados.

—Eres absurdo, Luis — susurré.

Se acercó a mí en dos zancadas y puso sus manos en mis hombros.

—Di, te lo dio.

—Ve a preguntárselo a él.

—Es a ti a quien pregunto.

Me aparté y acercándome a la puerta, dije:

—Parece mentira que queriendo tanto a tu hermano, dudes así de su honradez, de su caballerosidad.

Y entonces, Luis dijo algo que me dejó paralizada, confusa, muerta de humillación y de rabia.

—No dudo de él. Dudo de ti.

Pasó junto a mí sin mirarme y yo no supe más que abrir la boca y cerrarla de nuevo. Aquel era el mayor insulto que un hombre puede hacer a una mujer. Y yo era su propia mujer.»



## IX

«No dudo de él, dudo de ti». Esto martilleaba como un mazazo en la cabeza de Patricia noche y día. No bajó a comer ni a cenar y cuando una doncella subió a preguntar qué iba a tomar, dijo que un vaso de leche fría.

—La señora está muy delgada.

No respondió. Encogió los hombros y se acercó a la ventana.

—Quiero un vaso de leche nada más —repitió, al tiempo de encender un cigarrillo.

Le subieron la leche y la tomó en dos sorbos. Después se acostó. Sintió, casi hasta el amanecer, los pasos de Luis en la alcoba contigua. Eran pasos largos, nerviosos. Sin duda estaba excitado. Ella estaba simplemente dolorida, humillada.

Durmió apenas y cuando se levantó a las once y media y bajó al salón lo encontró allí fumando su pipa, con las piernas cruzadas y los ojos perdidos en la lejanía.

—Buenos días —saludó sin mirarlo.

El la miró y no dijo nada.

—¿Has desayunado?

—Sí.

—Entonces lo haré yo

Se dirigía a la puerta.

—Patricia, tengo que hablarte.

Se volvió apenas, sonrió con rara mueca.

—¿Sobre qué?

—Ayer noche...

—No quiero hablar de eso, Luis. He recibido la mayor ofensa de mi vida y fuiste tú, tú que me conoces como nadie, que sabes lo mucho que te quise... lo mucho que te quiero, quien me ofendió.

—Escúchame, Patricia...

—No. Te ruego que ahora no. Cuando olvide... Ahora no podría escucharte sin manifestarte mi desprecio.

—¡Patricia!

—Lo siento, Luis.

Salió y entró en el salón comedor. Tomó la leche de un sorbo y masticó una galleta.

—Estás muy delgada —dijo la voz apacible tras ella.

¿Se arrepentía de lo que dijo? Sí, sin duda se arrepintió nada más decirlo, pero ella no podría olvidar las frases ofensivas aunque se lo propusiera.

—Me gusta guardar la línea —dijo indiferente.

Lo sintió tras de sí. El aliento le quemaba la oreja

—Patricia, tienes que escucharme.

La joven se volvió y depositó la galleta a medio comer en la bandeja.

—Si me aprecias un poco —dijo fría y no era fingida su frialdad —, te ruego que no me hables en unos días. No podría... soportarte.

—Al menos admite mis disculpas.

—Las admito, pero no me pidas que olvide...



—Te aseguro, Patricia, que estoy sufriendo.

—Si sufrieras tú solo..., pero haces sufrir a los demás con tus propios sufrimientos y eso es horrible.

—Olvida. Te lo suplico, te lo ruego, te lo pido humildemente.

—Lo siento, Luis. Esta vez fuiste demasiado lejos. No te diste cuenta quizá del alcance de tu insulto, pero llegó demasiado hondo para olvidarlo sólo porque tú me lo pidas aunque... seas tú.

Nada dijo. Tenía la boca apretada y las cejas unidas. Ella se acercó a la ventana, miró hacia la campiña y comentó:

—Hace un día gris, pero no llueve. He de ir a buscar a tía Sara. Supongo que no tendrás inconveniente en que coja tu coche.

—Puedes hacerlo.

—Gracias.

\* \* \*

«Llegó tía Sara. Me abracé a ella como si en aquel instante la figura prócer significara mi única tabla de salvación en la vida. Lloré apretada en su pecho y tía Sara me analizó detenidamente, apartándome un poco de sus brazos.

—Hija —susurró—. Hijita querida, qué delgada estás y cuánto... sufres.

Me sobresalté. Debí prever el sexto sentido de mi amada tía para observar lo que los demás deseaban ocultar. Traté de sonreír y dije bajo:

—No sufro, tía Sara. Es que... estoy tan emociona-

da. Ven, vamos al coche. Yo me haré cargo de tu equipaje.

Dejé a mi tía acomodada en el lujoso «Cadillac» de mi marido y fui a recoger su equipaje. Un mozo me lo depositó en el auto y luego me senté ante el volante y puse el vehículo en marcha.

—Patricia...

—Dime, tía Sara.

—Es bonita la campiña. ¿Está lejos vuestra casa?

—No. Muy cerca. Dentro de veinte minutos habremos llegado.

—¿Es bonita la casa?

—Preciosa. A veces me parece que estoy ante una mansión señorial.

Sin duda las dos parecíamos deseosas de soslayar preguntas personales. Tía Sara quería saber algo de mi vida, de mi felicidad y esperaba que yo abordara el asunto. No pensaba hacerlo.

—¿Qué tal Juan?

—Se ha ido a Nueva York.

Tía Sara me miró extrañada.

—¿A Nueva York y solo? ¿Sin ti?

Me di cuenta en aquel instante de que para mi tía, Juan era mi marido y no pude por menos de echarme a reír.

—¿Qué te pasa, Patricia?

—Juan no es mi marido, tía Sara. Aquí mi marido se llama Juan Luis y todos le llamamos Luis.

—¿Y eso por qué?

Encogí los hombros.

—No sé.



—¿Es tanto el parecido de los dos gemelos? ¿Supone un problema para ti dicho parecido?

Medité un instante. No pensaba decirle a mi tía lo ocurrido. Quizá algún día... Pero en aquel momento no.

—Pues... no. Son muy semejantes físicamente, si bien su carácter es tan distinto que no cabe en mí, que amo a Luis, equivocación alguna. Quiero que sepas que Luis es el dueño de todo. Juan es el muchacho despreocupado y divertido que toma la vida a broma.

—Ese era tu novio.

—Lo creí. Mira —añadió sin darle tiempo a meditar—. Esa es la casa. ¿Verdad que es bonita?

—Sí, mucho.

—Ahora verás a Luis. Es aquel que está de pie en la terraza. El que ahora baja hacia el parque. Sin duda viene a saludarte. Es un hombre afable y cordial, tía Sara —añadí con cautela.

La dama me miró escrutadora.

—Conozco a Juan Luis, querida mía...»

\* \* \*

La dama besó al recién llegado y le dió dos golpe-citos en las mejillas.

—Bienvenida seas a esta casa, tía Sara —dijo Luis, con su voz pastosa, tan personal—. Es una satisfacción para mí verte a nuestro lado.

—Gracias, hijo.

Lo contemplaba con creciente curiosidad mientras que Patricia ordenaba a un criado que subiera el equi-

saíse a la alcoba que le había destinado a la dama. Este observó cómo Luis miraba a su mujer y supo que la amaba apasionadamente. Miró a Patricia, la vió frágil y bella ir de un lado a otro, como una perfecta ama de casa. Era linda, linda aquella sobrina suya. Más linda cuanto más delgada y cuanto más melancolía había en sus ojos. ¿Le sucedía algo? Sin duda amaba a su marido. Sólo hacía falta verla cuando sus ojos se encontraban con los de Luis. Enrojecía, escapaba de sus pupilas, parpadeaba. Todos signos evidentes de un gran amor... Entonces, ¿por qué estaba triste Patricia?

—Vendrás cansada, tía Sara —dijo la joven, sin darse cuenta de la observación de que era objeto—. Te acompañaré a tu cuarto.

—Te lo agradeceré.

—Dentro de una hora pasaremos al comedor —indicó Luis, al tiempo de llenar de tabaco la cazoleta de la pipa—. Me gustaría verte en la mesa, tía Sara.

—Y me verás, hijo, me verás. Pese a mis setenta años me considero una mujer fuerte y ágil.

Luis las vio desaparecer por la puerta del vestíbulo y cuando las dos mujeres iniciaban el ascenso por las alfombradas escalinatas, indicó a su mujer.

—¿Tú bajarás luego, Patricia?

—En seguida.

Cuando llegó a la alcoba que le destinaba a la dama, ésta se volvió hacia la joven, la analizó de frente, escrutadoramente y dijo:

—¿No eres feliz, querida?

—Lo soy, tía Sara.

—¿Estás... segura?

Patricia no quisiera por nada del mundo dar un dis-



gusto a su tía y decidió mentir y simular lo que le ocurría.

—Soy tan dichosa, mi querida tía, que a veces temo que todo esto sea un sueño.

—Me alegro.

—Gracias, tía Sara.

—Ahora déjame sola y ve al lado de tu marido. El... te adora, hijita.

—Sí.

—Basta mirarlo para darse cuenta de lo que siente por ti.

Patricia la besó en las mejillas y se dirigió a la puerta, pero antes de salir hizo una pregunta:

—Dime; tú que conociste a Juan en España... ¿no te parece que éste es algo diferente?

La dama ocultó el brillo de su mirada y replicó:

—Un hombre casado adquiere otra personalidad. Pero sin duda no existe gran diferencia.

Patricia respiró tranquila. Su tía no se dio cuenta de nada y esto la tranquilizó:

Bajó despacio las escalinatas y penetró en la biblioteca. Luis paseaba de un lado a otro, con la pipa en la boca y las manos tras la espalda. Evidentemente, se hallaba agitado, nervioso, intranquilo. Al ver a su mujer detuvo sus pasos y fijó en ella sus hermosos ojos.

—Patricia, pasa y cierra. Quiero hablarte.

La joven hizo lo que se le ordenaba y fue a sentarse ante la chimenea apagada. Cruzó una pierna sobre otra y encendió un cigarrillo. Fumó, sin mirar a su marido.

Luis se acercó a ella y la contempló desde su altura.

—Patricia, estamos distanciados por una tontería. Yo creo que, aunque sólo sea por tu tía...

La joven alzó la cabeza y miró a Luis con frialdad.

—No estamos distanciados por una tontería, Luis, y tú lo sabes muy bien. El otro día quisiste probarme y lo hiciste. Bailé con tu hermano creyendo que eras tú. Sólo al ver tu mirada comprendí... y fui a tu lado, pero tú no me comprendiste. Y no conforme con eso me insultas y dejas la habitación de tu mujer como si ésta fuera una pecadora. No, Luis; no considero lo ocurrido una tontería.

—Te pedí perdón. Yo no sabía que me habías confundido...

—¿Acaso me dejaste decírtelo?

—De nuevo te pido perdón.

—Y te perdono. Pero...

—Tu tía puede observar lo que sucede entre los dos y sería... un sufrimiento para ella y yo sé que amas a la dama como si fuera tu madre.

—En efecto, pero tengo fe en tu buen sentido para simular ante ella lo ocurrido.,

—¿No podemos... olvidar los dos?

—Ningún daño te hice. No tengo, por lo tanto, nada que olvidar. Eres tú el causante de todo. Y tu hermano Juan se rue por la misma causa. ¿De qué y de quién sientes celos? ¿Acaso un hombre que se sabe amado entrañablemente debe sentir celos? Yo te quise, Luis—susurró bajo—. Te quise y te quiero y te querré mientras viva y tú debiste comprenderlo así.

—Patricia.

—Ahora déjame sola.

Se dejó caer a su lado y prendió las manos femeninas entre las suyas. Estaban frías, rígidas.

—Patricia, te lo suplico, te lo pido humildemente:



perdóname y olvida las estupideces que dije. Te quiero de tal modo que la sola idea de que otro hombre, aunque éste sea mi hermano, te tenga en sus brazos me vuelve loco, me desquicia, me quita la razón.

—Y yo pago con creces tu exclusivismo.

Rescató sus manos y se puso en pie, pero él la imitó y la sujetó por los hombros.

—Patricia— dijo con voz enronquecida —, no puedo seguir viviendo así. Compréndeme.

Se volvió en sus brazos y los labios temblaron al sentir la intensa mirada de Luis.

—No elegí yo ese camino. Fuiste tú...

—Te pido perdón, me humillo ante ti. ¿Qué más me pides?

Y ella dijo entonces con extraño acento:

—Sinceridad, Luis. Y nunca lo fuiste conmigo. Ni antes de casados, ni después, ni ahora... ¡Nunca! Suéltame y déjame ir. Creo que esta vez... tendrás que ser sincero desde el fondo de tu alma, antes de volverme a sentir sumisa y enamorada en tus brazos. Es... lo que te pido a cambio de tu ofensa.

Se apartó de él, que dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y salió cerrando la puerta tras de sí con suavidad.

\* \* \*

Tía Sara, con su figura corpulenta, sus manazas enormes, su vista de lince, entró en la biblioteca y miró a un lado y a otro. Allí, hundido en una butaca, con la cara entre las manos, estaba... Luis. ¿Luis? Sí, como si ella fuera tonta.

—Hola, muchacho.

El hombre dió un salto y al ver a la dama se agitó nervioso.

—Pasa, tía Sara, no te esperaba tan pronto. ¿No estás cansada del viaje?

—Me siento como nueva tras el baño. ¿Y Patricia?

—Salió hace un instante. No tardará en volver.

—Me sentaré y hablaré un rato contigo. De modo que tú eres... vaya, vaya...

Luis se sentó frente a ella y fumaba en la pipa con cierta violencia. De sus narices salía humo sin parar y sus ojos escapaban de la mirada escrutadora de la dama.

—De modo que tú...

—¿Yo qué, tía Sara?

—Pues... no sé lo que habrá ocurrido aquí... Sin duda algo extraño. Patricia es una chiquita ingenua y algo alocada... Yo soy vieja, no tengo un pelo de tonta y soy aficionada a la sicología...

—¡Tía Sara!

—¿Puedes decirme, muchacho, por qué tu hermano no se casó con mi sobrina? ¿Y puedes decirme por qué te casaste tú y te hiciste pasar por él? Porque sin duda mi sobrina cree aún que eres aquel Juan que ella conoció en España.

Luis se puso en pie con precipitación y empezó a pasearse por la estancia, seguido por los ojos curiosos de la anciana.

—Yo no le dije nada a Patricia—añadió impertérrita—. No quiero inquietar un espíritu tan limpio. Pero tú me dirás... ¿Verdad que me lo dirás, muchacho?



Luis comprendió que tendría que decir... y lo dijo. Lo dijo con voz ronca, destrozada, como si estuviera domeñándose una vida entera con temor y de súbito sintiera placer en desahogar. Dijo todo lo que ya sabemos, omitiendo lo ocurrido entre él y Patricia, y cuando terminó siguió un largo silencio.

—¿Ella... no lo sabe?

—No.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

Luis pasó una mano por la frente y se agitó, cual si lo sacudiera un huracán.

—Tuve miedo de perderla. Lo tengo aún. Tú no sabes, tía Sara, lo que esa muchacha llegó a ser para mí. He vivido siempre solo, metido de lleno en los negocios. Luchando y bregando con la vida, sin comprender que el ser humano necesita algo más que dinero para ser feliz. Y cuando la tuve a mi lado, cuando pude comprender que era mía, mi mujer... ¡Cielos! Creí volverme loco con sólo la idea de perderla. De que ella, al saber la verdad, el engaño de que fue objeto, me echara en cara su desprecio y me retirara el inmenso placer que para mí supone su cariño. Sé que no la hago del todo feliz porque... sufro y hago sufrir a los demás mis propios sufrimientos. Vivo en un infierno desde que Juan llegó, y tengo fe en él, creo en su honradez para con ella y para conmigo. Pero ten en cuenta que fue el primer hombre en la vida de Patricia y las mujeres jóvenes olvidan difícilmente su primer amor.

—Pero tú eres su marido.

—Un marido que ella cree que fue su novio, no lo olvides.

—Se nota en ti la falta de experiencia con las mujeres, mi querido millonario. Para amasar millones eres un genio, para tratar mujeres eres un rapacín, como dicen en mi tierra.

—Nunca lo diré.

—Pues tendrás que decírselo para alejar de una vez y para siempre esa lucha que te atenaza noche y día. Y se lo dirás hoy mismo.

Luis se irguió lentamente.

—¿Hoy?

—Creo que es lo conveniente.

—Espera, tengo que pensar, tengo que hallar la forma de decírselo de la mejor manera... Ella no sabe nada. La sorpresa no le permitirá razonar con cordura. Me culpará a mí de deslealtad... No tengo derecho a inquietarla de ese modo.

—Tampoco lo tienes a vivir este infierno. Además, yo estaré aquí para frenar los locos impulsos si es que los hay.

—No sé, tía Sara —susurró hundiendo con desesperación las manos en el cabello—. Tengo que pensarlo aún. Déjame para ello unos días...

—Seis, sólo seis días, recuérdalo. Y si para entonces no hablaste tú, lo haré yo. Y ten la seguridad de que no seré tan elocuente como el amor...



## X

Patricia se sintió mal aquella mañana, y no se levantó. Tenía el diario entre las manos, y escribía en él con mano febril.

«Hace cinco días que llegó tía Sara. Vivo como suspendida en el aire, temiendo a cada instante que se dé cuenta de nuestro alejamiento. Apenas si veo a Luis. Casi nunca está en casa y por las noches lo siento pasear nervioso por su cuarto.

Ayer noche me pareció que se detenía ante mi puerta, para alejarse inmediatamente después. Vivimos los dos como dos extraños y, sin embargo, espiritualmente estamos estrechamente unidos.

Yo quiero que él hable, que me diga, que disipe para siempre esa nube que enturbia el horizonte de mi felicidad. Pero Luis no habla y mientras no lo haga no olvidaré sus insultos. Hoy me siento enferma. Ayer noche, al entrar en mi cuarto, sentí un desvanecimiento y hube de sujetarme a la cama para no caer. Hoy me siento desfallecida, con ganas de vomitar y sin ánimos. Cuando venga la doncella, y no tardará, le diré que llame al médico. No quiero morir, hoy me da miedo que nunca, porque siento la necesidad de Luis en mi

ser como una llamarada. Siento los pasos de la doncella. Cerraré el diario.»

Entró la doncella, dió los buenos días y recorrió los cortinones.

—Hace un día espléndido, señora.

El sol cegó por un instante los ojos bonitos de Patricia.

—Ya lo observo — dijo —. Pero me siento mal y no voy a levantarme. Si mi marido está en casa dígame que envíe a buscar al médico.

—Ahora mismo, señora.

Minutos después los pasos de Luis avanzaban rápidamente. Entró en la alcoba sin llamar y se dirigió al gran lecho, en el cual se hallaba tendida su esposa.

—Pat...

Le eterneció aquella mirada ansiosa de su marido y aquella voz ahogada que parecía súbitamente dulce.

—No es nada, Luis.

El hombre se sentó al borde del lecho y se inclinó hacia ella.

—Pat... vida mía...

La joven hundió sus ojos en los de Luis. Lo miró con ternura. Sus manos se alzaron y suaves acariciaron la frente masculina.

—No te asustes, ya verás cómo no es nada.

—Pero yo no sabía...

—Fue ayer noche.

—¿Y no me llamaste?

La besaba. Hacía muchos días que no lo hacía y Patricia los saboreó con deleite, con infinito placer.



—Amor mío — susurró él.

—Ve a buscar al medico, y como seguramente me dirá que no es nada me levante e iré contigo a dar un paseo a caballo.

—Eso no. Te quedarás en la cama muy quietecita y yo estare a tu lado.

Seguia besándola y Patricia le pasó los brazos por el cuello y busco su boca. Se besaron intensamente y ella musitó muy bajo:

—Lo necesitaba, Luis queridísimo.

\* \* \*

«Vuelvo a escribir mientras el médico no llega. Luis acaba de salir. Me besó. ¡Cuánto tiempo sin sentís sus besos! ¡Olvidar? Dics mío, como si yo pudiera guardar rencor a mi marido, y si no habla, si no me dice que él nunca fue mi novio..., también lo olvidaré. Comoquiera que sea, yo amo a mi marido. Lo amo como no es capaz de amar una mujer, y yo soy mujer. ¿Todas amamos igual? Quizá sí o quizá no. Yo quiero a Luis con todo mi ser, con el alma, con los sentidos, con el corazón, con el espíritu... Luis, Luis...»

\* \* \*

El médico le auscultó detenidamente y sonriendo dijo:

—Mal conocido, señora Urtirez; pronto habrá un heredero que les dé la lata.

Patricia, de un salto se sentó en la cama para volver a tenderse en ella después. Suspiró y algo humedeció sus ojos.

—Doctor...

—Sí, mi buena señora Urtirez, tendrá usted un hijito para mayo, aproximadamente.

—¿No me engaña, doctor?

—En modo alguno; pero tiene usted que alimentarse, dar largos paseos y tomar mucho aire puro. Está usted débil y es preciso fortalecerse.

—Se lo prometo, doctor.

—Vendré a visitarla una vez al mes y espero que marche contento de mi inspección en su organismo.

—No le diga nada a mi marido... Cuando le pregunte dígame usted que... que suba a verme.

El doctor sonrió comprensivo.

—Se lo prometo. Abajo me espera, muerto de ansiedad.

Salió y minutos después Patricia oyó los pasos de Luis avanzar hacia la alcoba. Lo vio erguido y ansioso en la puerta y le hizo una seña:

—Acércate.

—¿Qué dijo el doctor?

—Ven.

Avanzaba.



—¿Qué tienes? No me quiso decir nada a mí. ¿Es algo malo?

—Siéntate junto a mí.

—No me tengas en esta incertidumbre, Patricia.

—Lláname Pat.

—Pat, te lo ruego...

—Te lo diré. Pero antes... tienes que decirme tú algo a mí. Algo que llevas dentro como un pecado y que te atormenta la vida.

Luis era como un niño grande y Patricia lo supo con mayor precisión aquel día. Lo vio ocultar el rostro entre las manos y agitarse nerviosamente.

—Luis...

El hombre no se movió. Sentado al borde de la cama, continuaba tapándose la cara con las manos y una agitación terrible en todo su ser.

—Te lo suplico, Luis.

—Yo...

—Sé que tienes algo que decirme. Lo sé, Luis. Me di cuenta...

Apartó las manos de la cara. Estaba pálido y sus labios temblaban. Patricia se incorporó y besó la boca masculina con suave ternura.

—¿Cuándo supiste que... tenía algo que decirte?

—El día que tu hermano llegó de Nueva York.

—¿Aquel día?... ¿Estás segura de que entonces, en aquel momento...?

—Sí, estoy segura.

\* \* \*

«Me lo contó con frases breves, entrecortadas. Luis, tan fuerte, tan revelador y tan indeciso para confesar su falta... Lo miré mientras hablaba. Fuerte, ancho, varonil cien por cien y haciéndome sentir a mí su masculinidad. Y sin embargo, su voz en aquel instante sonaba queda, impropia de aquel cuerpo decidido y apasionado.

—No te esfuerces, Luis — le dije, apretando sus manos entre las mías—. Lo sé todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Quién te lo refirió?

—Juan, antes de marchar. Primero le pedí que se fuera, que nos dejara solos. Yo no podía continuar viviendo en el infierno de tus celos, de tus sobresaltos, de tu amargura que era mi propia amargura. Y él lo comprendió. Yo había dejado de quererle para quererte a ti. Yo le quería a él, bien lo sabe Dios, pero cuando me casé y vine aquí... Cuando te sentí en mí, Luis, yo me di cuenta de que algo ocurría, pero te amé. Fuera cual fuera lo sucedido, yo te amé a ti.

—Dilo otra vez.

—A ti.

Hube de pedirle que se fuera y se fue, en efecto, sin saber lo que el médico me había dicho. Con la euforia de haber descargado su conciencia, se olvidó de lo más importante, para regresar minutos después. Me ref en sus narices y él me besó. ¡Dios mío, de qué modo me besó mi querido marido!



—¿Qué te dijo el médico?

—Que iba a tener un niño — dijo sofocada—. Un hijo tuyo y mío, Luis de mi vida.

¿Habéis visto alguna vez los ojos de un hombre húmedos de llanto? No es fácil. Yo vi los de Luis y me abracé a él y le hablé como si en mis brazos tuviera a mi hijo. Y la emoción del hombre creció y sus manos sujetaron mi rostro y lo elevó hacia el suyo. Antes de besarme muy hondo, muy hondo..., me dijo quedamente:

—Patricia, a ti te debo los momentos más felices de mi vida. De mi pobre vida hasta que te conocí.»

\* \* \*

Tía Sara miró a Patricia y le guiñó un ojo.

—¿De modo que me vas a hacer tía-abuela?

—Eso parece.

—Me alegro, queridita. Luis parece un niño grande haciendo planes. ¿Sabes cómo le va a poner en caso de que sea niño?

Patricia se echó a reír y fue hacia Luis que se hallaba sentado en un cómodo diván. Se dejó caer a su lado y cruzó las piernas una sobre la otra al tiempo de prender con sus dos manos el brazo masculino.

—¿Cómo, Luis?

Respondió tía Sara:

—Salomón.

—No. Se llamará Juan Luis.

—No quiero más Juanes en la familia — refutó Luis.

—Claro — saltó tía Sara —, temes que le ocurra lo que a ti. ¿Ya sabes la superchería de que fuiste objeto, hija mía?

—Por supuesto, tía Sara. Y doy gracias al cielo de que así ocurriera. Y si tengo un hijo se llamará Juan Luis, y ojalá tenga otro más porque se llamará Juan Ramón, y ojalá exista una mujer en el mundo que pueda vivir la superchería que yo viví. Al menos conocerá el verdadero amor y se lo hará inspirar ese Juan que va a nacer

Luis no respondió. Sólo alzó una mano y la dejó caer sobre las dos de Patricia, que se unían en su brazo.

Aquella noche Patricia dijo a Luis:

—Escribe a tu hermano y dile que venga.

—No quiero.

—Después de esto, ¿aún vas a sentir celos? ¿Aún dudas de la forma cómo te quiero?

—No, Pat.

—Pues escribe a Juan. El tiene derecho a un hogar. Nosotros no debemos privarle de él. Juan... se ha cansado de vivir aventura tras aventura. Ahora se casará sin duda. Carolyn es una chica mona, su posición es brillante y ama a Juan.

—Tú aprecias a Juan.

—Gracias a él te conocí a ti.

—Y le amabas.

—Sí. Le amaba. De muy diferente modo, pero le amaba. Yo no sabía qué en el mundo podía haber hombres como tú. Lo supe cuando me tomaste en tus brazos... Y en aquel instante olvidé a Juan. Te revelaste



como un hombre distinto, absorbente, apasionado, lleno de ternura...

—Y cuando Juan regresó...

—Luis, si empiezas así, voy a creer que no eres lo que yo creí.

—Lo soy.

—Pues hazme el favor de olvidar a tu hermano asociándolo a mi persona.

—Te prometo que no volveré a sentir celos.

—Eso espero.

—Pero tienes que quererme.

—¿Quererte? ¿Aún más, exigente?

—Sí, sí, aún más. Infinitamente más.

Ella creyó que no podía querer más a Luis y, asustada, se dió cuenta aquella noche de que estaba equivocada. Podía querer más a Luis y le quiso. Le quiso infinitamente más y Luis se movió tiernamente de ella.

\* \* \*

«Voy a cerrar mi diario. Quizá algún día haya alguien que lo siga. Mi hija o mi hijo... No lo sé. Cuando hoy le ponga fin y se lo voy a poner en seguida, se lo regalaré a Luis y mi marido lo leerá... Quizá entonces comprenda lo mucho que le quiero. Lo mucho que he sufrido y lo mucho que en mi vida de mujer le necesito.

Juan ha llegado y me enternecí al verlo abrazar a Luis. Estos hermanos se quieren entrañablemente. Son dos cuerpos y un alma y estoy segura que cuando Juan

se case... hará a su mujer tan feliz como Luis me hace a mí.

Los tres hablamos de lo ocurrido y Juan se mofó de mí y luego de Luis y hasta de tía Sara, que nos escuchaba complacida. Ellos no sabían que tía Sara había sido novia de su padre, y cuando lo contó, los dos gemelos se echaron a reír. Tía Sara se enfadó de mentirijillas. Dijo que Juan Urtirez, el primer Juan de la familia, la había amado mucho y que si la olvidó fué porque lo engatusó una valenciana. Ellos habían adorado a su madre, y Juan se levantó, para acercarse a nosotros segundos después con una foto en la mano.

—Mire usted, tía Sara. Mire a mi madre.

Era una bella mujer, con grandes ojos verdes y candorosos.

Tía Sara chasqueó la lengua, movió los labios y al fin ponderó:

—Ahora me doy cuenta de por qué me dejó plantada.

Todos reímos. Había cierta amargura en la voz jocosa de mi tía, y yo sentí que ella muriera sin conocer el amor, el verdadero amor.

Pere es ley de la vida. Tía Sara había nacido para hacer felices a los demás y olvidarse un tanto de que ella era un ser humano, con sus necesidades espirituales y materiales como otro ser cualquiera de este mundo...»

\* \* \*



«Al final de mi diario (y desde que lo cerré transcurrieron doce años) voy a poner algo más. Luis lo leyó y me abrazó tan fuerte que creí morir asfixiada en sus brazos. Luego me lo entregó y dijo:

—Guárdalo para recuerdo de tus hijos y de nuestro gran amor, gatita mía.

Lo guardé hasta hoy. Quiero añadir que tuve un niño felizmente. Un niño a quien pusimos el nombre de Juan Luis y a quien llamamos Luis a secas. Un niño gordito, listo y feliz que corre por la campiña burlando la vigilancia de la nurse.

Al año siguiente se casó Juan con Carolyn y nunca más salieron de la finca de los Cochran. Otro año después, Carolyn dió a luz dos gemelos, a quienes, para burla del Destino, pusieron Juan Ramón y Juan Luis. Otros dos Juanes que partirán corazones el día de mañana.

Mi tía murió aquí, a nuestro lado, un día cualquiera. Me sentí desolada y Luis me consoló. ¡Pobre tía Sara! Un ser que vino al mundo, creció y murió sin pena ni gloria, pero dejando tras de sí recuerdos gratos, cariñosos, sinceros.

Yo tuve una niña siete años después de nacer Juan Luis. Le pusimos de nombre Sara. Y mi primer regalo fué un Diario, con un título en letras de oro: «Sara y sus inquietudes.» Sí, porque mi hija tendrá inquietudes como cualquier ser humano. Y yo deseo que lleve al papel dichas inquietudes, para que un día sienta de

algún modo que es mujer, que siente y padece, sufre y goza como los seres humanos, aun los más felices.

Es una niña inquieta, precoz, bulliciosa y altiva. Se lleva muy mal con sus dos primos gemelos y cambia sus nombres con frecuencia porque el parecido físico de mis sobrinos es sorprendente. Mi hija los llama Juanes y ellos se enfadan. No sé lo que ocurrirá en el futuro. Dios quiera que uno de ellos dé a mi hija todo el amor que su padre me da a mí. Cierro el diario. Siento que Luis se aproxima.»

\* \* \*

—¿Qué haces, gatita?

Patricia Palacios le entregó el diario.

—Le pongo broche de oro, y quiera Dios que mi hija abra el suyo.

Se echó a reír, se acercó a ella y la apretó en sus brazos.

—Quiera Dios, digo yo, que sea una mujer capaz de hacer tan feliz a un hombre como su madre hace a su padre.

F I N



A Virginia le gustaba que aquel pintor la besara, pero se ponía frenética cuando él se burlaba de ella, haciendo caso omiso de sus desprecios y de su altivez, y es que Virginia era demasiado hermosa y su orgullo la estaba conduciendo a un camino sumamente peligroso para una muchacha de su edad...



# VIRGINIA

es el título de este relato sencillo y apasionante, que le brindará muy pronto la popular autora  
**M.ª TERESA SESE**

¡No era amor lo que sentía por él, sin embargo, tampoco era lo que ella creía desprecio, era un sentimiento extraño que le hacía acercarse al hombre que no podía apartar de su memoria!

## VIRGINIA

Maravilloso y romántico, real y humano como un pedazo arrancado de la vida misma. Podrá leer este relato en el próximo número de la selecta

### COLECCION PIMPINELA

¡Encárguela con tiempo a su proveedor!

Precio de venta: 6 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

**BARCELONA**

# BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

## COLECCION "PIMPINELA"

648 — Corín Tellado

UN DOBLE PARA PATRICIA

## COLEC. "MADREPERLA"

544 — Jesús Navarro

LA QUE NUNCA SUPLE  
AMAR

## COLECCION "ROSAURA"

488 — María del Pilar Carré  
¡QUE TRISTE ES QUERER!

## COLECCION "AMAPOLA"

375 — Carlos de Santander  
DEMASIADOS CORAZONES

## COLECCION "ALONDRA"

327 — María Teresa Sané  
LA CHICA DEL PERRO

## COLECCION "CAMELIA"

269 — M.<sup>a</sup> Esperanza Neyra  
LA NINFA DESLUMBRADA

## COLECCION "ORQUIDEA"

238 — Trini de Figueroa  
THASWA

## COLECCION "CORAL"

119 — Corín Tellado  
CASEMONOS

## COLECCION "BISONTE"

589 — Silver Kane

BUENOS DIAS, ASESINO

## COL. "SERVICIO SECRETO"

453 — Keith Luger

ESCUPIENDO PLOMO

## COLECCION "BUFFALO"

286 — Georg H. White

3.000 DOLARES DE RE-  
COMPENSA

## COLECCION "CALIFORNIA"

133 — A. Rolcest

CANDIDATO A LA HORCA

## COLECCION "TEXAS"

154 — Meadow Castle

EL APARECIDO

## COLECCION "COLORADO"

78 — M. L. Estefanía

COLORADO MIDDLELAND

## COLECCION "KANSAS"

44 — M. L. Estefanía

LOS BUITRES DEL RIO

## Col. "HEROES DEL OESTE"

26 — M. L. Estefanía

15.000 DOLARES VIVO O  
MUERTO

Las obras más selectas, los autores más populares,  
la presentación más sugestiva, los hallará siempre  
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Proyecto, 2.- Barcelona - Hipólito Irigoyen, 60.- Buenos Aires



## COLECCION HISTORIAS

presenta esta semana uno de los más apasionantes  
relatos de aventuras, debido a la genial pluma del  
inmortal autor

### JULIO VERNE

¡La emocionante historia de un grupo de muchachos que, estando solos en un velero a punto de zarpar de un puerto, fueron arrastrados mar adentro por un furioso temporal, y conducidos milagrosamente sanos y salvos a unas remotas tierras inexploradas y desconocidas hasta entonces!

## DOS AÑOS DE VACACIONES

¡Un libro que apasionará a todos los muchachos!

Recuerde que se lo ofrece la biblioteca de la juventud:

## COLECCION HISTORIAS

¡Adquiéralo hoy mismo, antes de que se agoten!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**EL GRAN SOL**  
**LA PRINCESA MELANCOLICA**  
**CLAVELINA**

Son los tres maravillosos cuentos de hadas que esta semana podrán leer todas las niñas en:

**CUENTOS PARA NIÑAS**  
**"SISSI"**

Suplemento de la gran revista femenina

**"SISSI"**

Cada semana tres cuentos de mayor extensión que los corrientes, ilustrados por los dibujantes más famosos y...

**ADEMAS:**

En cada contraportada, una foto a todo color de las más famosas estrellas de la pantalla, su biografía y la dirección para escribirles

**CUENTOS PARA NIÑAS**  
**"SISSI"**

**¡ES ALGO SENSACIONAL!**

Precio del cuaderno: 2,50 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

**BARCELONA**



¿ES USTED UNA FUTURA MADRE O UN FUTURO PADRE?

¿SABE YA COMO PREPARARSE PARA RECIBIR A SU HIJO?

¿SE DA CUENTA DE LA SERIE DE PROBLEMAS A LOS QUE TENDRA QUE HACER FRENTE?

## NUESTRO PRIMER HIJO

por el famoso especialista norteamericano

Dr. MARIO A. CASTALLO

es un libro imprescindible para todos los matrimonios jóvenes

El nacimiento de un hijo no debe ser esperado con temor por los padres. Prepárese usted para que su hijo nazca con toda normalidad. Sepa, desde el primer mes del embarazo hasta el instante del alumbramiento, que no hay nada que temer en el hecho de tener un hijo —siendo ésta justamente lo que debiera ser—, una de las más felices y sanas experiencias que pueden vivir marido y mujer

### NUESTRO PRIMER HIJO

destaca la pura "normalidad" de un nacimiento y proporciona amplia información sobre la aplicación de los principios del parto sin dolor

Un nuevo y utilísimo título de

**COLECCION IBIS**

Precio del volumen: 65 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Proyecto, 2

**BARCELONA**

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
**EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

**REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 446/50 - BUENOS AIRES

**COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana Ltda. Carrera 64, núm 13-78 - BOGOTÁ

**COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co Ltda. Apartado 1.314 - SAN JOSE

**CUBA:** Distribuidora Antillas de Libros - Boquerones 37 - LA HABANA

**CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperial, 265-B - SANTIAGO

**DOMINICANA:** Librería Amengual - El Correo, 49 - CIUDAD TRUJILLO

**ECUADOR:** Agencia Selecciones - Aguirre, 717 - GUAYAQUIL

**ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:** Fidel International 4419 Busch Drive Malibu (California) (Para bolsalibros) New York City; Jules See Angles (Para bolsalibros)

**GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA

**MEXICO:** Editorial Istacibusti S. A. - Avda. Urquiza, 17 - MEXICO

**PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones 33 Este, núm 5-51 - PANAMA

**PARAGUAY:** Adolfo N. Busó - Estrella, 112 - LA ASUNCION

**PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 488 - LIMA

**PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 206 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsalibros)

**SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 16 Calle Oriente 242 - SAN SALVADOR

**URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Hic Negro, 1223 - MONTEVIDEO

**VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. Petróleos a la Cruz, 115 - CARACAS





# LLUVIA DE ESTRELLAS



*Jack Webb*

N.º 873

Goza de extraordinaria popularidad en Estados Unidos por su actuación en la televisión, donde ha creado y dado vida al personaje Sargento Joe Friday, una de cuyas aventuras ha llevado al cine con el título de "Redada".

Foto WARNER BROS-EXCLUSIVAS FLORALVA



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain